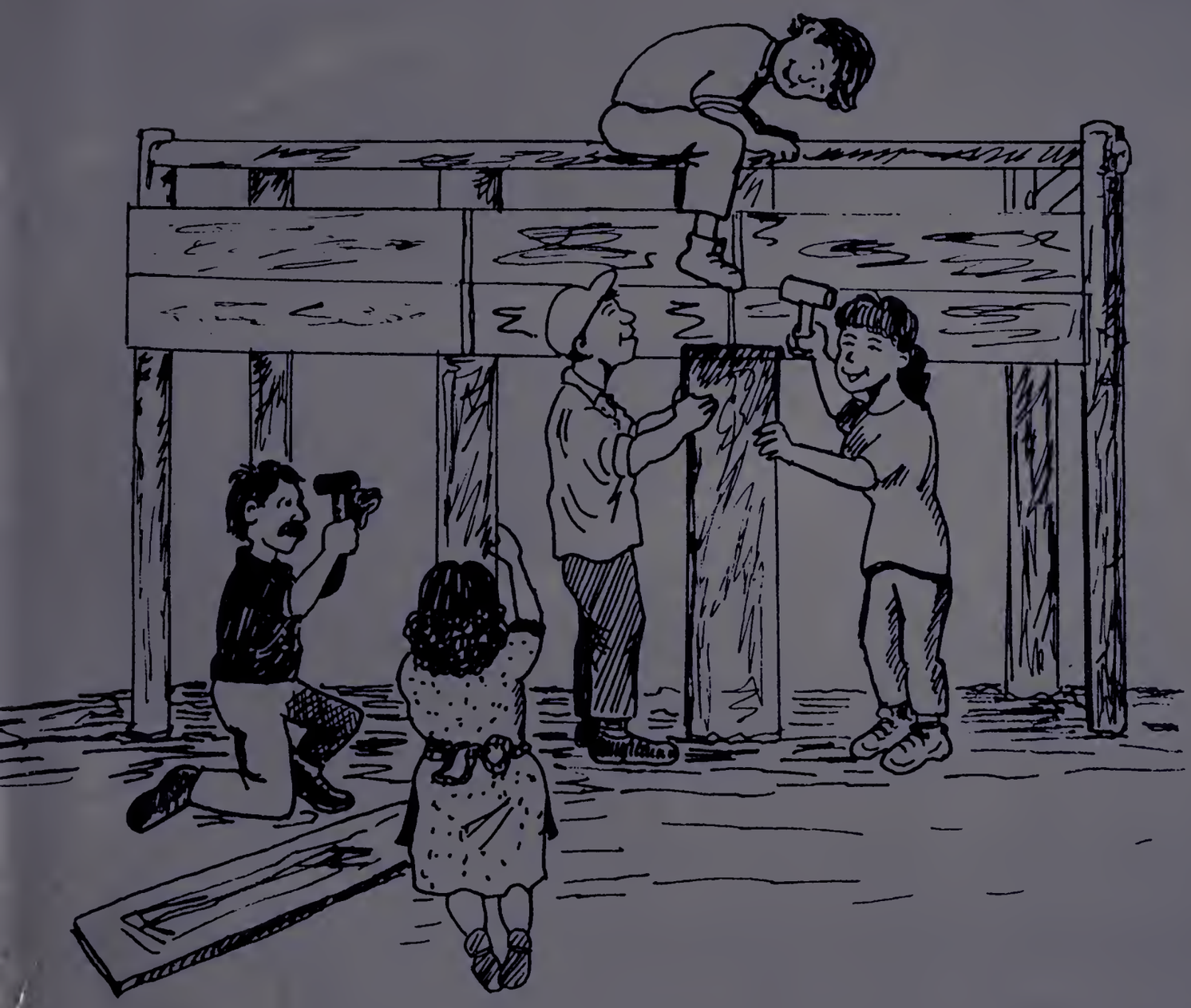
Colección: Siervos en comunidad

UN PUEBLO PARA TODOS LOS PUEBLOS



La comunidad abrahámica y el servicio cristiano

Gerald W. Schlabach

UN PUEBLO PARA TODOS LOS PUEBLOS

La comunidad abrahámica y el servicio cristiano

Gerald W. Schlabach

EDICIONES CLARA-SEMILLA
Cd. Guatemala, Guatemala
Santafé de Bogotá, Colombia

Mennonite Historical Library
Goshen College, Goshen, Ind.

UN PUEBLO PARA TODOS LOS PUEBLOS
La comunidad abrahámica y el servicio cristiano

Gerald W. Schlabach, autor
Colección: Siervos en comunidad

Edición en inglés:
TO BLESS ALL PEOPLES
SERVING WITH ABRAHAM AND JESUS
Scottdale, PA: Herald Press

© 1991 Herald Press

M
261.8
S338t5
1994

Primera edición en Español

© 1994 Ediciones SEMILLA

Un pueblo para todos los pueblos

Incluye glosario y referencias bibliográficas
1. Servicio (Teología). I. Título. II. Colección.

BT738.4 1994 253

EDICIONES SEMILLA - CLARA

CLARA
Apartado Aéreo 57-527
Santafé de Bogotá
Colombia

SEMILLA
Apartado Postal 371-I
Montserrat, Zona 7
Cd. Guatemala 01907
Guatemala

Traducción: Marta J. de Mejía
Dibujo de la portada: Mavis Herrera

Impreso en Guatemala, 1994.

Dedicado a:

Gilberto Aguirre
Verónica Argueda
José Durán
Ignacio Gutiérrez
Nicolás Largaespada

Cristianos nicaragüenses que caminaron con nosotros e inspiraron mis primeros esfuerzos por bosquejar una teología de servicio.

Indice

Prefacio 7
Prefacio del autor 9

1. Es imposible suprimir a un Dios bueno
El drama del servicio..... 13

2. Y fue movido a misericordia
La salvación se desborda en el servicio..... 26

3. En ti serán benditas todas las naciones de la tierra
El servicio se desborda en la salvación..... 40

4. ¿Quién ha creído a nuestro anuncio?
Dios busca un pueblo de siervos..... 55

5. Actuando a favor de otros
Cuando el servicio es problema..... 69

6. Minorías abrahámicas, ¡uníos!
Modelos de servicio para hoy..... 84

Notas 99
Glosario..... 101
El autor 103

Prefacio

La historia, y la vida de la gente que la compone, es un relato que Dios está narrando. Los puntos de cambio claves en esa historia incluyen la promesa que Dios hizo a Abraham y a sus descendientes de que ellos serían bendición para todos los pueblos de la tierra, y el advenimiento de Jesús, quien llamó a todos los cristianos a participar en bendecir a todos los pueblos.

Gerald W. Schlabach sugiere que nos convertimos en personajes de esta historia y colaboramos a su avance por medio del servicio. "El servicio," dice, "es vivir, estar, trabajar y a veces morir por otros. El servicio es escuchar, llorar y ponernos de parte de otros."

El autor identifica dos extremos que los cristianos tenemos la tentación de afirmar. Una fe que se enfoca solamente en Dios y minimiza la responsabilidad humana hacia el mundo y su sufrimiento, no está completa. Un punto de vista que se enfoca enteramente en los seres humanos y minimiza el poder de Dios para inspirar y dirigir el esfuerzo humano, tampoco está completo.

Schlabach entreteje efectivamente verdades que con frecuencia han sido separadas. Dios es quien origina toda acción y en El recibimos el poder necesario para su realización; luego también llama a la gente para vivir en, y participar en la pasión de Dios de bendecir a todos los pueblos de la tierra.

El punto de vista de Schlabach ha sido formado por su consagración de toda la vida a la iglesia menonita y su larga tradición de servicio. A pesar de esa tradición, los menonitas se han inclinado más al servicio que a teologizar acerca de su servicio. Schlabach trata tanto de

alentar al servicio, como de brindar una base bíblica y teológica para ese servicio.

Un pueblo para todos los pueblos ayuda a que los cristianos comprendan y adoren mejor al Dios que inspira el servicio. Luego nos muestra formas en las que podemos servir en nuestra situación particular, como sirvieron Abraham, Jesús y las comunidades que ellos moldearon en su propio lugar y tiempo.

Michael A. King
Philadelphia, Pennsylvania

Prefacio del autor

La mayor parte de la última década he trabajado con el Comité Central Menonita (CCM). Esta agencia de las iglesias menonitas de Norteamérica se dedica a servir, así como también a aprender de los necesitados alrededor del mundo. Mi trabajo, me ha permitido conocer a muchos cuya consagración a Jesucristo y a los pobres ha enriquecido mi propia fe; algunos han sido colegas; otros, personas a quienes yo creía que iba a servir -- quienes resultaron ser mis maestros.

Mis hermanos y hermanas enfrentan muchos desafíos. Esto es de esperarse debido a que es mucha el hambre, la pobreza, la injusticia y las guerras. Pero a lo largo del camino he observado que las luchas que enfrentamos como cristianos tienden a estirarnos en dos direcciones opuestas. Esto quizás se deba a que todos anhelamos soluciones más simples.

Algunos cristianos desean un evangelio sencillo que separe el amor a Dios del amor al prójimo. Hay cristianos que jamás sirven debido a esta tentación; después de todo, si permitimos que la voz y la necesidad de nuestro prójimo penetre en nuestro corazón, podría desafiarnos y poner a prueba nuestra fe. Hasta podría impulsarnos a la genuina simplicidad del evangelio, a dejar de lado todo confort que pueda distraernos de servir a Dios y a los demás con gozo y un solo propósito.

Otros cristianos se desligan del evangelio que en un principio les movió hacia su prójimo. Los desafíos que enfrenta el mundo son enormes. Las soluciones son complejas. Por eso, algunos cristianos pierden la esperanza o se desaniman. Se olvidan de volver al amor de Dios que alguna vez experimentaron. Otros se preguntan

si la consagración a Jesucristo, a su iglesia y a su vida de servicio sin violencia pueda obstaculizar un cambio social efectivo.

Estos dos enfoques son los que han dado forma a este libro. Es más, han enfocado mi perspectiva de cómo la iglesia puede ser fiel al llamamiento de Dios. Me han ayudado a leer la Biblia con nuevos ojos, y esa lectura ha moldeado mi teología de servicio.

Tal vez sería mejor llamarla una teología de *servidumbre*•. Estoy persuadido que Dios está buscando un pueblo que viva y actúe en servidumbre voluntaria. O, posiblemente, podríamos llamarla una teología de *misión*. Servimos a otros en palabra y obra porque Dios nos envía al mundo a realizar la misión que El encomendó a Abraham.

Todos estos conceptos están unidos. En el capítulo cinco abordaré el hecho de que muchas personas emplean la palabra *servicio* para referirse a los ministerios de *acción* [o ayuda social] que la iglesia lleva a cabo, y emplean la palabra *misión* para referirse al ministerio de la *Palabra*. Pero Dios nos llama a cumplir ambos ministerios con una actitud de servicio semejante a la de Cristo. Se crea confusión cuando estos vocablos se usan en esa forma. Permítame explicarle como los estaré usando.

La *servidumbre* es la forma en que Dios trabaja en el mundo, y la forma como El nos llama a vivir nuestras vidas. El *servicio* es nuestra expresión activa de la servidumbre. El amor y la compasión pueden expresarse en palabra o hecho, pero se convierten en servicio cuando buscan genuinamente el bien de los demás. La palabra *misión* se refiere al hecho que Dios nos llama y nos envía. El nos llama a hacer cosas más grandes que nosotros

---

•El término se utiliza para traducir el vocablo "servanthood", una actitud voluntaria de servicio. No debe entenderse en el sentido negativo de servicio obligado, sino como una actitud de servicio hacia otros.

mismos. Podemos participar en el trabajo de Dios de crear nuevos cielos y nueva tierra.

Le invito a que se una conmigo en el drama de lo que Dios está haciendo. Siempre que seguimos a Cristo en servicio a otros, enfrentamos nuevos desafíos e interrogantes; pues Jesús nos guiará al límite entre nuestra fe y la necesidad del mundo. Allí podremos escuchar y quedarnos con la gente, de otra manera nuestra labor no será de ningún servicio.

Y podemos volver una y otra vez aunque, en cierto sentido, jamás podemos regresar al punto donde iniciamos nuestro viaje antes de que el servicio comenzara a cambiarnos. Sin embargo, siempre podremos regresar al relato bíblico para recibir dirección. Y siempre podremos regresar a su evento principal: Dios se ha acercado a la humanidad en Jesucristo, quien por su sufrimiento y servicio se convirtió en nuestro Señor resucitado.

Gerald W. Schlabach
Nortre Dame, Indiana

Capítulo 1

ES IMPOSIBLE SUPRIMIR A UN DIOS BUENO

El drama del servicio

Alicia no sabía qué podía ofrecer al Señor o a su prójimo. Toda su vida se había dado a los demás. Había criado una familia y trabajado a la par de su esposo en un pueblito de Michigan. Pero eso nunca le pareció especial; era lo que tenían que hacer para vivir. Su esposo ya no vivía y ella estaba jubilada. Tal vez ahora podría hacer algo por los demás.

Unos amigos le sugirieron que investigara las oportunidades de servicio que ofrecía la agencia de cierta iglesia. Eligió cuidar a niños minusválidos en Brownsville, Texas, muy cerca de la frontera de México. El servicio en nombre de Cristo no resultó muy distinto a lo que ella había hecho toda su vida.

Sin embargo, Alicia estaba tomando parte en un drama. Dios la estaba atrayendo a algo más grande que ella misma, de la misma forma que ha atraído a los cristianos en muchos tiempos y lugares. ¿Qué tan grande? Algo tan grande como el reino justo y sanador de Dios; tan grande como el drama de salvación de Dios; tan grande como los cielos y la tierra transformados. Descubriremos cuán grande es este drama en un próximo capítulo.

Todo lo que Alicia sabía, en este momento, era que se pronosticaba un mes de enero sumamente frío. Ella estaba acostumbrada al frío, pero las casas de la gente pobre en Brownsville no estaban equipadas para los rigores del invierno.

Los menos preparados para el invierno eran los refugiados. Algunos voluntarios cristianos de la residencia donde vivía Alicia trabajaban en la Casa Oscar Romero, un centro de refugiados nombrado en honor del arzobispo salvadoreño asesinado. Los refugiados, que habían huído de la guerra y de las penurias económicas en Centroamérica, vivían ahora en un limbo legal. Hasta que obtuvieran sus permisos de trabajo, no podrían pagar por alojamiento y ropa adecuada para el invierno.

Alicia, de pronto, se halló sirviendo a los necesitados que antes sólamente conocía a través de los reportajes noticiosos. Un amigo compró todos los abrigos que encontró en una tienda de ropa usada. "Durante 24 horas lavamos y remendamos abrigos. ¡Estaba tan frío! La iglesia abrió su gimnasio y la gente entró en oleadas." La Cruz Roja también ayudó; pronto Alicia se halló cocinando arroz y frijoles para 500 personas.

"Jamás soñé que vería sus rostros y les tocaría," dijo más tarde. "Ahora conozco lo que es vivir con ellos. ¡Esto me ha impactado profundamente!"

Alicia se acordaba de su propia niñez transcurrida en la ciudad con su familia, cuyos ingresos eran muy bajos. Había cerrado el círculo devolviendo el amor y la ayuda que había recibido cuando niña. Ella había sido bendecida por el servicio de otros; ahora conocía la bendición de servir. Alicia estaba aprendiendo que la plenitud del ser humano se alcanza cuando nos convertimos en bálsamo para las heridas del mundo. "¡Qué maravilloso", exclamó, "ser una verdadera persona en una situación verdadera!".

Servicio: La forma en que Dios está con nosotros

El amor de Dios ha puesto algo en movimiento. Ese algo está obrando en la vida doliente de la humanidad; podemos llamarla salvación, sanación, misión, paz, justicia

o el reino de Dios. A veces sencillamente oramos, "hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra."

Cualquiera que sea el nombre que demos a la acción de Dios a favor del mundo, la única forma de involucrarnos es a través del servicio. El servicio es vivir, estar, trabajar, y a veces morir a favor de los demás. El servicio es escuchar, llorar, y apoyar a otros.

El servicio, al fin y al cabo, es la forma que Dios ha escogido para estar presente en el mundo. Un antiguo himno cristiano, que el apóstol Pablo entretejió en su carta a los Filipenses (2:6-11), nos muestra que los primeros cristianos entendían que el servicio debía ser el núcleo de su fe.

La manera que Dios eligió para entrar al mundo y sanar la vida de una humanidad quebrantada fue "tomando la forma de siervo". Y como persona doliente, amante y servicial, como usted y como yo, Dios en Cristo "se humilló a sí mismo siendo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

Yo puedo expresar mejor el amor de Dios por medio de palabras que alienten e inviten a comprometerse con Cristo. Usted, posiblemente, pueda expresar mejor el amor de Dios con clavos y martillo, vendas y medicinas, comida y bebida.

Nuestro hermano tal vez participe en una campaña contra la guerra, el hambre y la falta de vivienda; y nuestra hermana posiblemente organize nuestros dones en un plan sabio y coherente que ministre a otros. Pero cualquiera que sea el llamamiento de cada uno, podremos trabajar con Dios únicamente si trabajamos como gente servicial, que se da a sí misma. Entonces, "estimaremos a los demás como superiores a nosotros mismos, no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros." (Fil. 2:3,4).

Sin embargo, existe un problema. Después de estar en la iglesia algún tiempo, escuchamos palabras como *salvación, el reino de Dios, el Padrenuestro,* y *servicio* miles de veces. Es fácil convertir estas palabras en cajitas en donde encerramos los planes de Dios, y aún a Dios mismo.

Pero Dios tiene maneras de salirse. Tiene formas de amar a la gente dolida, que parecen nuevas, inesperadas y aun desafiantes. Dios ama demasiado a la humanidad doliente como para permitir que se le retenga en alguna caja o molde.

Servicio: La forma en que Dios se manifiesta

Juan Angel, al contrario de Alicia, creía saber cómo quería Dios que le sirviera. Unos años antes de conocernos había comenzado a pastorear una iglesia pequeña cerca de Puerto Cortés, Honduras. Recién graduado de un instituto bíblico, estaba lleno de ideas y de respuestas.

Puerto Cortés, como muchas ciudades porteñas, estaba rodeada de vicios. Juan Angel decidió ministrar a los alcohólicos; si alguno estaba demasiado borracho para hablar, o estaba durmiendo en la acera, le movía y le ponía en la sombra para protegerlo del ardiente sol tropical.

Juan Angel estaba determinado a ser un buen pastor en Cienaguitas, aldea en las afueras de la ciudad. El mismo nombre, Cienaguitas, nos da una idea de las pobres condiciones de vida del área. Los miembros de su congregación trabajaban, cuando podían, como peones en las fincas; algunos de los hombres eran pescadores. Madres, frecuentemente sin marido, trabajaban de lavanderas o vendían tortillas. La salud era pésima. Un alimento común eran los cangrejos que se alimentaban de desperdicios y basura en la playa. La tierra de cultivo pertenecía sólo a tres terratenientes.

"Yo era un pastor muy consciente," decía Juan. "Organicé mis visitas sistemáticamente. Platicaba con las familias, los evangelizaba, y trataba de alentar a la grey con mi entusiasmo. Pero conforme fui ganando su confianza y hablamos de su situación, me di cuenta que sus problemas eran esencialmente de índole económica."

Las respuestas que Juan Angel brindaba, no les satisfacían. El sabía que un simple antibiótico curaría a cierta mujer enferma, pero ella carecía de dinero. Juan Angel creía que Dios podía sanarla milagrosamente, "pero no me sentía bien al orar sólamente por los enfermos, y luego seguir mi camino."

¿Cuáles son las razones del desempleo, el alcoholismo, la prostitución, la desnutrición y el analfabetismo?" se preguntaba Juan Angel. "¿Qué tiene que decir Dios respecto a todas estas cosas? La gente quería saber lo que el pastor opinaba al respecto.

'El pecado es la causa de todas las injusticias'. Esa, generalmente, siempre había sido mi respuesta. Ahora veía que el pecado se expresa a sí mismo en las estructuras sociales injustas. Muy cerca de nosotros vivían esos terratenientes.

"Ellos vivían bien explotando a sus trabajadores." Juan Angel me explicó que en Honduras, los terratenientes, los comerciantes y las compañías despiden con frecuencia a obreros experimentados para no tener que pagarles los beneficios de retiro. Luego contratan a otros por un salario mucho más bajo.

Poco a poco, Juan Angel se fue profundizando en la convicción de que el evangelio es la respuesta total de Dios a las necesidades de la humanidad. Comenzó a describirlo como un evangelio "integral" o "completo". Estaba persuadido de que el evangelio llama a los cristianos a

trabajar por cambiar las estructuras injustas del pecado. Finalmente, su predicación cambió.

Juan Angel había comenzado sirviendo a su congregación de la manera tradicional. Había aconsejado, orado, visitado, predicado y evangelizado. Todavía hace estas cosas; pero a lo largo del camino, la gente pobre a quien el servía, también lo ha evangelizado a él.

"Yo me convertí dos veces," dice. "O tal vez mi conversión para amar al prójimo fue mi primera conversión verdadera."

Juan Angel citó Hechos 10:34-35 para explicar esto. "Es como cuando Pedro fue a la casa de Cornelio esperando evangelizarlo. Pronto tuvo que confesar: 'En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia'. Cornelio también había evangelizado a Pedro."

Juan Angel tenía razón. En un tiempo Pedro tuvo lindas cajitas. Pensaba que los judíos como él estaban en cierta clase de caja. Y creía que los gentiles "inmundos" como Cornelio, el oficial romano, estaban en otra caja. Dios, para ponder en movimiento a Pedro, tuvo que despertarlo con una visión desagradable.

Es más, una vez en casa de Cornelio, Pedro tuvo que quedarse un buen tiempo. Hechos 10:48 dice que se quedó más tiempo que antes. Una vez que Dios nos pone en movimiento, debemos quedarnos suficiente tiempo para aprender todo lo que el amor de Dios puede significar para una comunidad, un vecindario, una iglesia, un pueblo, ... y para nosotros mismos. *Dios* quiere encerrarnos.

Encerrados por el amor

Jesús había advertido a Pedro. Tres veces le preguntó: "¿Me amas?" Pedro respondió de manera vacilante tres veces: "Si, Señor, te amo." En cada oportunidad Jesús

exhortó a Pedro para que sirviera a los demás, que pastoreara y alimentara a sus ovejas.

Luego Jesús añadió: "Te diré algo, Pedro. Cuando fuiste joven te vestías a tu gusto, ibas donde querías. Pero has visto más de la cuenta y te estás poniendo viejo.

"No te culpo por vacilar. Pero debo advertirte. En verdad, cuando seas viejo, extenderás tus manos y alguien te vestirá ... con esposas. Sí, te encarcelarán. Te conducirán a la muerte.

"Amigo mío, ya estás encaminándote a donde no quisieras ir. ¿Por qué no dejas que yo te guíe? Sígueme" (Juan 21:15-19 parafraseado).

Pedro luchó y se resistió a la dirección de Dios a lo largo de toda su vida. Al comprometer su vida a Jesús y alimentar las ovejas de su Señor, Pedro había permitido que la caja del amor de Dios lo encerrara. Rodeado por el amor de Dios, Pedro aprendió nuevas cosas. Aprendió que su Señor tenía ovejas en otras naciones y culturas, gente de quien Pedro no sabía nada (Juan 10:16). Aprendió que ellos tenían necesidades que él no conocía. Y sintió como Dios le ayudaba para responder de nuevas maneras.

John Perkins sabe como funciona esto. Perkins nació y creció en el estado de Mississippi en los Estados Unidos de América, donde los habitantes sufrían por la depresión económica y la segregación racial. La única forma de escapar de la pobreza parecía ser por salir de allí. Perkins se trasladó a California a la edad de diecisiete años. Allí se casó y comenzó a mejorar su nivel económico. Pero descubrió que vivir sólo para sí mismo y para su familia lo dejaba con hambre espiritual, por lo que consagró su vida a Jesucristo.

En poco tiempo Perkins estaba compartiendo su testimonio en todo el sur de California. Predicaba en iglesias y

prisiones. En los círculos eclesiásticos se convirtió en una celebridad, pero percibió que Dios lo llamaba que regresara a Mississippi.

Hoy día, "La Voz del Calvario", ministerio fundado por Perkins, es bien conocido. Muchos han notado su enfoque integrado al compartir el amor de Dios. Se combina el evangelismo, con la edificación de la iglesia, acción social y desarrollo económico. Sin embargo en 1960, cuando Perkins regresó a Mississippi, se veía a sí mismo principalmente como un evangelista. El predicaría el evangelio.

Sin embargo, Perkins siempre se preguntaba: "¿Es significativo el cristianismo evangélico para la comunidad negra? ¿Puede la fe de un evangelista impactar a la gente que siempre ha sido pobre?"[1]

Desde el principio él y su familia vivieron muy unidos a su comunidad. Siguiendo las instrucciones que Jesús dio a sus discípulos antes de su primer viaje misionero (Mar. 6:8; Luc. 22:35), ellos dependían de la congregación que los hospedaba para sus sostenimiento, viviendo al mismo nivel que ellos.

> Cuando salíamos a lugares como "El fondo bautista," "El valle de Sullivan," y "El camino de los conejos", al cortar leña, cultivar la tierra, y hablar en las escuelas, no podíamos evitar ver de primera mano las necesidades físicas desesperantes de mucha de nuestra gente. Comenzamos a descubrir que el verdadero evangelismo nos pone cara a cara con *todas* las necesidades de una persona. Teníamos que ver a la gente no sólo como almas, sino como personas completas.[2]

El amor de Dios una vez más ponía en movimiento el drama dinámico del servicio. Perkins compara las etapas

de la dirección de Dios con una fila de dominoes, en la que uno empuja al siguiente.[3]

> Primero vino el *llamado* de vivir con la gente. Luego Dios nos llamó a compartir su evangelio a través de *evangelismo* ... nos hizo aprender y depender de la gente, de tal forma que el evangelismo nos integró a sus vidas...
>
> Luego vino la *acción social*: tratando de suplir algunas de sus necesidades descubrimos y nos identificamos con las profundas necesidades espirituales que están detrás de las demandas físicas de la pobreza o de la enfermedad.

Comenzó brindando servicios de salud y guardería para infantes. Pero inmediatamente Perkins detectó un peligro: los servicios gratuitos crean una mentalidad de asistencia social en la gente. El los llama "involucramiento barato diseñado primordialmente para acallar mi sentimiento de culpa, no el problema."[4]

Así que muy pronto se vio impulsado hacia el "*desarrollo económico comunitario*,- pues conforme nuestra acción social se profundizaba, nos veíamos obligados a tratar con las causas y raíces que estaban detrás de los síntomas de la pobreza." Los proyectos abarcaban entrenamiento de líderes, alfabetización de adultos y cooperativas económicas. Estas herramientas brindaban oportunidades de empleo y de autoadministración a la comunidad negra.

"Y finalmente, como el último dominó, nuestro testimonio, dedicación y programas nos llevaron a la confrontación del sistema que perpetuaba muchos de los problemas -- el tema era la *justicia*." Perkins estaba aprendiendo que aun las guarderías para niños, los programas de salud y las cooperativas conducían a la

confrontación con el sistema racial y económico que por largo tiempo había mantenido a los negros en la pobreza.

Su participación en el movimiento en pro de los derechos civiles lo condujo a la cárcel en 1969. Al recordar el evento, reconoció que "era casi inevitable que termináramos en la cárcel ... Fuimos encarcelados por nuestras creencias, y por el llamamiento del que no podíamos escapar, aun si quisiéramos."[5]

Perkins llama a esto "estar encerrado por el amor."[6] Esto significaba que no podían abandonar la comunidad. Significaba dar cabida a una pasión por lograr una diferencia genuina en las vidas de su pueblo. Significaba expresar el amor de Dios de manera diferente, lo que ineludiblemente los conduciría a la controversia y confrontación con la injusticia.

¿Adónde conduce Dios a la iglesia?

Hemos hablado de individuos como Alicia, Juan Angel, Pedro y John Perkins. En realidad, Dios ha conducido a la iglesia en todo el mundo a lugares donde no estamos seguros de que quisiéramos que fuera.

Los esfuerzos misioneros, durante los últimos dos siglos, han esparcido el evangelio y edificado nuevas iglesias en todo el mundo a un ritmo fenomenal. Este crecimiento ha seguido a la expansión de la cultura europea y norteamericana. Debido a esto, el evangelio cristiano debe compartir la culpa en los lugares dondequiera que la riqueza y la integridad de la cultura de otros pueblos ha sufrido menoscabo.

Pero el evangelio está riendo de último. Está convirtiendo de nuevo al cristianismo en una religión no-occidental. El año 2000 nos avisora que habrán más iglesias cristianas en el Sur y en el Este (Africa, Latinoamérica y Asia) que en el Occidente.

Sucede que los pueblos del mundo situados en el Sur y el Este también son los que sufren de más hambre y pobreza. El mundo entero sufre por el desequilibrio que crean nuestros sistemas económicos cuando arrebatan el poder y los recursos a quienes más los necesitan. Los pueblos del mundo sufren porque unos pocos desperdician insensatamente sus recursos. El dinero gastado en armamento militar podría alimentar y brindar atención médica a todos los niños.

Las bolsas de pobreza y hambre existen en todas partes. Pero en las naciones e iglesias del Sur y el Este es más difícil ignorar estas realidades, debido a que la mayoría de sus ciudadanos y miembros de la iglesia las tienen que enfrentar a diariamente.

Los cristianos en esos países preguntan qué significa ser fiel a Jesucristo cuando sus vecinos y hermanos mueren de hambre o son torturados por protestar contra la injusticia. Los líderes de la iglesia se preguntan cómo es que ellos deben relacionarse con los movimientos que buscan cambio y justicia.

Los misioneros se preguntan si han definido su tarea en forma demasiado estrecha. Los trabajadores de desarrollo comunal enviados por las iglesias del Norte y del Occidente se preguntan si no debieran, más bien, trabajar por lograr los cambios necesarios en sus propios países.

Así que los cristianos están planteando interrogantes nuevas y problemáticas; y no es porque hayan abandonado la obra misionera. ¡Más bien, es porque que el movimiento misionero moderno ha tenido tanto éxito!

El líder evangélico sudamericano, Samuel Escobar, establece ese punto, luego pregunta:

> ¿No es la simple sobrevivencia como seres humanos un derecho de los cristianos en el Tercer Mundo? ¿No debieran sus hermanos y hermanas en otras partes del

> mundo preguntarse qué pueden hacer para ayudarlos? No son sólo unos cuantos individuos pobres, o casos aislados de sufrimiento humano, que plantean ante el mundo el problema de la caridad. Es toda una comunidad de creyentes esparcidos en una vasta región que lucha por su supervivencia.[7]

Hay otra pregunta detrás de esas interrogantes que la gente de fe se ha hecho a lo largo de la historia y que surge siempre que se confronta la realidad del sufrimiento: *¿Le importa a Dios?*

Pero inmediatamente surge otra pregunta del corazón de cualquiera que haya experimentado el amor de Dios: *¿Cómo podría no importarle a Dios?*

Esta es la dinámica del servicio, la forma en la que Dios se hace presente en el mundo. Es imposible suprimir a un Dios bueno. Es imposible detener al Dios que ha venido a nosotros en Jesús, el siervo sufriente.

Las necesidades del mundo parecen abrumadoras. Las preguntas que nuestros hermanos y hermanas nos plantean son conflictivas. La perspectiva de que una persona, una familia o una congregación pueda hacer una diferencia, parece remota.

Recordemos algo: Nosotros hemos escuchado estas interrogantos y hemos sentido un poquito del sufrimiento del mundo precisamente porque Dios ya nos está involucrando en ese gran drama de su amor dinámico. Es el drama de los esfuerzos continuos de Dios por alcanzar, servir, morir por, salvar y renovar a la humanidad y a toda la creación.

Visto bajo esa luz, frente a nosotros hay más que un terrible problema. Nos enfrentamos a una invitación. Dios puede llamarnos a realizar las tareas más humildes y básicas; pero forman parte de algo grande, histórico y de alcance mundial.

Temas de discusión

1. ¿Qué tienen en común las experiencias de Alicia, Juan Angel y John Perkins?

2. Póngase en el lugar de Juan Angel, ¿cómo debiera él llevar a cabo su ministerio?

3. ¿Qué nuevos desafíos e interrogantes ha descubierto usted a través de su ministerio o servicio en favor del prójimo?

Capítulo 2

Y FUE MOVIDO A MISERICORDIA

La salvación se desborda en el servicio

Tengo dos hijos, quienes llenan de gozo mi vida. Sin embargo, a veces también me llenan de frustración. El que tiene cuatro años es especialmente exasperante. Está lleno de vida, energía, curiosidad y deseo de aprender; pero cuando está cansado, su intensa curiosidad se convierte en impaciencia. Quiere controlar su mundo y hacer todo por sí mismo, ¡inmediatamente!

A veces tengo el impulso de levantar mis manos y exclamar: "¿Por qué quise ser padre? Ya hubiera terminado de escribir este libro y hasta hubiera podido leer un libro últimamente! ¿Por qué tengo que cuidar a esta criatura? ¿Por qué, por qué?

Pero no me hago esas preguntas. A lo menos no por mucho tiempo y no en serio.

Si un padre se pregunta, "¿Por qué tengo que cuidar de mi hijo?" algo anda mal. Si cuido a mi hijo para que él me ame, estoy manipulando nuestra relación; la relación es enfermiza. O si cuido a mi hija sólo para que cuando esté viejo ella me cuide, entonces el factor económico ha corrompido nuestra relación profunda.

Es bueno anhelar el amor de los hijos. En muchas culturas del mundo, los hijos son el único sistema de seguridad social que brinda cuidado en la vejez; pero al final, esto es añadidura. Los buenos padres amorosos no cuidan a sus hijos por lo que puedan obtener de ellos. No

necesitan una razón para hacerlo. Decidimos tener hijos porque el ser humano debe vivir en relación con otros.

El servicio a favor de otros seres humanos es así; no debiéramos tener que preguntarnos por qué nos importan o por qué los cuidamos. Aún nuestro servicio para Dios es una respuesta a su amor y servicio; no es por una razón, ni por lo que obtenemos de él.

Cuidamos y servimos a otros sencillamente debido a quienes somos: Una familia, una carne, sea cual sea nuestro idioma o raza; hijos del mismo Dios. Compartimos esta misma casa terrenal. Nos sentimos solidarios unos con otros: nos "regocijamos con los que se regocijan, y lloramos con los que lloran" (Rom. 12:15).

El término bíblico que resume todos estos sentimientos es la *compasión*. El prefijo *com* significa tener en común y el sufijo *-pasión* expresa nuestra más profunda experiencia de vida que abarca todo sus gozos y todo su sufrimiento.

El hábito de servir

Jesús relató la historia de una persona que era modelo de servicio y de amor al prójimo, pero dijo muy poco acerca del *por qué* se había detenido al lado del camino para servir. Simplemente expresó que había sido movido a misericordia.

Usted probablemente conoce la historia, que se encuentra en Lucas 10:25-37. Con frecuencia la llamamos la Parábola del buen samaritano, tal vez porque las acciones del samaritano contrastan con las de la "buena gente".

Los ladrones despojaron e hirieron a un hombre en el camino de Jerusalén a Jericó. Yacía medio muerto cuando pasaron por aquel camino las "buenas personas" de la comunidad: primero un sacerdote, luego un levita que al verle pasaron de largo. Tenían buenas razones para hacerlo. Las responsabilidades de su ministerio pesaban

sobre sus hombros; si el hombre estaba muerto y lo tocaban, se volverían inmundos (según su manera de pensar) y ya no podrían "servir."

Estas buenas personas posiblemente hasta sintieron lástima por aquel pobre hombre; pero sentir lástima no es lo mismo que sentir misericordia o compasión. La lástima condesciende, mira hacia abajo a los demás; no se identifica. Puede permanecer como un mero sentimiento. No tiene que actuar.

Pero llegó un samaritano; ¿era realmente "bueno"? Como todos nosotros, probablemente en él había una mezcla de bondad y egoísmo. Pero no era su "bondad" lo que Jesús quería destacar. Si nosotros lo llamamos "El buen samaritano" corremos el riesgo de pasar por alto el escándalo que significó usarlo como ejemplo. Insinuamos que *este* samaritano era diferente del resto de sus compatriotas, como que era uno bueno entre muchos malos. Ese tipo de actitud brota de la desconfianza, no de la solidaridad, entre diferentes clases de personas.

¡Los primeros que escucharon el relato de Jesús no hubieran pensado que el hombre era bueno! Por el contrario, era digno de desprecio; para ellos, era de raza mestiza y practicaba una religión espúrea. Los samaritanos adoraban al Dios verdadero, al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, pero los judíos estaban seguros que lo hacían en forma incorrecta (vea Juan 4:20).

Esta narración debiéramos llamarla, la parábola del paria misericordioso. El punto a destacar es su compasión activa y el hecho que su posición social activaba los prejuicios de los judíos. Jesús señalaba tanto la posibilidad como el problema que la mayoría de nosotros tenemos cuando llega el momento de servir a otros con libertad.

Casi todos hemos sentido compasión por alguien, así que conocemos el sentimiento. La compasión está al

alcance de todos, pero usualmente nos compadecemos sólo por los que son iguales a nosotros. La mayoría de seres humanos se preocupan y cuidan sólo de su propia familia, tribu, iglesia, nación o raza.

Jesús relató la historia del samaritano movido por la actitud de un intérprete de la la ley; su poco interés en los demás era precisamente lo que le impedía servir a Dios con todo su corazón, alma, energía y mente. El proclamaba que quería guardar la ley de Dios y aun conocía la intención de la ley: Que amemos a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Pero quería que el amor al prójimo se mantuviera manejable.

"¿Y quién es mi prójimo?" preguntó. "¿Hasta dónde debo llegar?" Casi podemos escuchar sus pensamientos: *Ciertamente mi prójimo no pertenece a este grupo, ¡ni a aquél otro! Sólo los judíos que guardan la ley como yo, ¿verdad? Todos mis paisanos hebreos ciertamente son mi prójimo, pero no los gentiles. Y ciertamente no esa repugnante mezcla de judíos y gentiles - los samaritanos.*

¡Qué contraste! El samaritano de la historia de Jesús no se detuvo a preguntarse quién era su prójimo. No se preguntó si el herido merecía un trato humano, fraternal; eso es lo que hizo del samaritano un prójimo del herido. Al ver a la víctima de los asaltantes tirado a la vera del camino, lastimado y medio muerto, ciertamente se detuvo y se apartó, pero no del hombre, sino de sus tareas, de su propia agenda.

Se volvió *hacia* el necesitado, en vez de seguir de largo en su camino. No tuvo que preguntar *por qué* ese hombre herido merecía su atención, ni *por qué* las necesidades de ese desconocido eran más importantes que sus propias necesidades. ¡Ni siquiera necesitó escuchar un sermón sobre lo que es el servicio! Movido a compasión, simplemente actuó.

Si el samaritano no hubiera actuado, sencillamente no hubiera tenido misericordia. Pero actuó; aún el intérprete de la ley admitió que el samaritano había sido el único "que usó de misericordia con él" (Luc. 10:37).

El texto en griego literalmente dice: "hizo misericordia." Vendó sus heridas, las ungió con aceite y vino. Prescindió de su propia comodidad y puso al herido sobre su cabalgadura; luego lo condujo hasta un mesón.

El samaritano no se detuvo allí. Echó mano de su propio dinero y se aseguró que el herido recibiera el cuidado adecuado. Mantuvo en mente los intereses a largo plazo del herido; y tuvo que pagar algo por ello. Hasta podemos deducir, que no esperaba que el herido le pagara, y ni siquiera que se lo agradeciera.

Sin preguntar al samaritano *por qué* sirvió, podemos profundizarnos en busca de las *raíces* de su compasión. Probablemente esta no era la primera vez que había tenido necesidad de viajar atravesando Judea. El había sentido la mirada de odio, el dolor de la discriminación, aquí en la tierra de los judíos. Probablemente tenía que viajar con abundantes provisiones, pues no podía contar con la hospitalidad de sus habitantes. Esto lo hacía aún más vulnerable ante ladrones y asaltantes. Y si llegaran a golpearlo, era improbable que los judíos residentes en esa región se detuvieran para ayudarlo.

Siendo samaritano despreciado, compartía con la víctima la experiencia de la opresión. Conocía lo que era ser vulnerable y percibió lo que en su humanidad tenían en común.

La opresión, el odio y la discriminación hubieran podido provocar amargura en el samaritano. Años de malos tratos podría haberlo encallecido. Los sobrevivientes de los campos de concentración alemanes de la II Guerra Mundial dicen que los horrores que allí se vivieron,

convirtieron en egoísta, a la gente normalmente bondadosa. Atrapados como animales, sólo les preocupaba su propia sobrevivencia. Pero otros que parecían tan ordinarios como los demás, se convirtieron en santos que compartían hasta el último mendrugo de pan. ¿A qué se debe la diferencia?

Además de la opresión y el odio, el samaritano debe haber experimentado algunas buenas cosas. Tal vez sus padres fueron muy amorosos o había visto a sus vecinos ser hospitalarios, aún cuando sus provisiones fueran escasas. La historia de Abraham intercediendo por las malvadas ciudades de Sodoma y de Gomorra posiblemente había penetrado muy hondo en su corazón. Tal vez la inesperada bondad de un extraño había dejado una impresión indeleble en su vida.

Cualquiera que hayan sido sus raíces, parece que la bondad del samaritano era habitual. Vivir en solidaridad, sentir misericordia y actuar constructivamente en respuesta a esa compasión, era parte integral de su ser; parte de lo que "lo hacía vibrar". El no necesitaba una razón para servir, pues era un servidor.

La verdadera pregunta para nosotros no es por qué debemos servir, sino:

¿Cómo podemos convertirnos en servidores?

¿Cómo puede emerger el hábito del samaritano de nuestros corazones y manos?

No un "deber", sino un "por lo tanto"

La compasión debiera fluir naturalmente de toda persona. La misericordia brota de la solidaridad humana, que es la experiencia común de abrir el corazón uno para el otro. La gente de toda raza, cultura, nacionalidad y religión puede sentir, y siente, compasión. Por cierto, uno de los mensajes en la historia del samaritano es que a veces

los que creemos que están fuera de la fe sirven a los demás mejor que nosotros.

¿Pero podríamos reconocer esto plenamente si Cristo no hubiera venido? Al fin y al cabo, ¡fue Jesús quien relató esta parábola! Jesús demostró cómo quiere Dios que seamos los seres humanos. Jesús insistió que Dios quiere y trabaja para que todos los hombres sean salvos, no sólo los judíos o los de una nación en particular.

Pocos comprenderíamos realmente lo que es la solidaridad, si Cristo no fuera prueba fehaciente de la solidaridad de Dios para con nosotros. Cristo participó del sufrimiento humano, por lo que Dios vindicó la forma de servicio no violenta de Jesús, levantándole de entre los muertos. Esto permite que nosotros podamos confiar que el servicio sufriente significa algo en un mundo violento y egoísta; sin Jesús no podríamos creer que el servicio realmente puede vencer a la injusticia.

Así que nuestra compasión por otros se deriva de la compasión que Dios ha tenido por nosotros al enviar a Jesús. Nuestro servicio por otros se deriva del servicio sufriente que Jesús realizó por nosotros.

Sin la solidaridad de Cristo en nosotros, podríamos dar de comer a los pobres en nuestro tiempo libre, sólo como una experiencia; podríamos trabajar en otro país, sólo por la aventura. Pero, ¿estaríamos dispuestos a sufrir? Como Pablo dijo: "Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:7-8).

Juan lo expresa de la siguiente manera: "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso" (I Jn. 4:19-20a).

Este es un patrón a lo largo de todas las páginas de la Biblia. Servir con amor a Dios y al prójimo no es un *deber*, sino un *por lo tanto*. Es nuestra reacción ante el amor, compasión y servicio de Dios hacia nosotros. Es nuestra reacción ante la gracia de Dios.

El patrón está aún en el corazón de las enseñanzas de Dios a través de Moisés (la Torah). Cuando los cristianos hablamos de los primeros libros de las Escrituras hebreas, con frecuencia les llamamos "la ley". Y, a diferencia de nuestros hermanos y hermanas judíos, percibimos algo severo y negativo en esa expresión.

Pero para los hebreos las palabras de la Torah eran palabras de gracia. Por su gran poder Dios abrió el Mar Rojo y los liberó de cruel esclavitud. Ahora Dios estaba enseñando pacientemente a estos revoltosos ex-esclavos cómo vivir juntos en paz y equidad en la Tierra Prometida. ¡Qué gracia, que gran don!

Por supuesto, las enseñanzas de Moisés contienen muchas leyes; pero obedecerlas no significaba obedecer a un dios tribal cruel y caprichoso. Fue Dios quien inició el pacto con su pueblo diciendo: "Yo seré vuestro Dios." El servicio fluye como una reacción: "Os tomaré por mi pueblo" (Exodo 6:7).

¡Qué diferencia con las otras religiones de ese tiempo! En la mayoría de esas religiones, era el pueblo quien rogaba y ofrecía dádivas para lograr la atención de los dioses. El servicio al Dios de la Biblia no es así.

Para los hebreos, la obediencia a las leyes de Dios significaba tratar a los demás de la misma manera que Dios los había tratado a ellos. Habiendo sido el menor de todos los pueblos, tan pocos y tan oprimidos por los egipcios que casi no eran un pueblo, el Señor Dios los había amado y liberado. Dios les había dado una nueva identidad como pueblo de Dios. *Por lo tanto,* la única respuesta adecuada

era cuidar de su propia gente débil: de los pobres, las viudas y los huérfanos. ¡Jamás podrían ni siquiera celebrar la salvación de Dios durante sus fiestas y pascuas sin incluir a los débiles! (Ex. 22:22; Deut. 7:1ss.; 14:28-29; 16:11; 24:17-22).

El trato no podía circunscribirse sólo a sus compatriotas. Los hebreos habían sido extranjeros en Egipto. Los egipcios los habían discriminado y esclavizado. Por esa razón, ellos tenían que tratar con justicia y equidad a cualquier extranjero que viviera entre ellos. Debían recordar sus días de esclavitud y dar libertad a sus propios esclavos. También debían incluír a los extranjeros en sus celebraciones (vea los textos previos, más Lev. 25:29-42 y Deut. 15:12-15).

Esas acciones no eran primordialmente obligaciones legales, sino acciones de gracias. Una de las más antiguas confesiones de fe en la Biblia aparece en Deuteronomio 26, que describe un festival de acción de gracias por la cosecha. Los hebreos traían sus primicias al sacerdote y decían:

> Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres, y allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa; y los egipcios nos maltrataron y nos afligieron, y pusieron sobre nosotros dura servidumbre. Y clamamos a Jehová el Dios de nuestros padres; y Jehová oyó nuestra voz, y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión; y Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, y con señales y con milagros; y nos trajo a este lugar, y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel. *Y ahora, he aquí he traído* las primicias del fruto de la tierra que me diste, oh Jehová .... darás también al

levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda ..." (Deut. 26:5-13, énfasis añadido).

La gratitud por la liberación de Egipto, realizada por la poderosa y amante mano de Dios hizo que los israelitas respondieran en un amoroso *por lo tanto* (o "*ahora*") en la que los pobres de la tierra fueron los más beneficiados. La salvación se desbordó en servicio.

Pero tenían que recordar. Volviendo al Nuevo Testamento, hallamos una parábola que contrasta con la del samaritano. Es la parábola del siervo ingrato, a quien se le olvidó recordar.

Un rey perdonó a su siervo una deuda enorme, la cual era incapaz de pagar, que en estos tiempos ascendería a más de un millón de dólares. En aquel tiempo, por una deuda de ese monto, el deudor y su familia eran vendidos para pagar con su trabajo de esclavos parte de la deuda.

Cuando el siervo clamó por misericordia, el rey lo perdonó y aparentemente conservó su puesto. Ahora el siervo exigía de un consiervo el pago de una deuda que era sólamente una mínima fracción de la suya. Ya se había olvidado de su propia deuda y de la compasión del rey. Y también había olvidado (o, al igual que el sacerdote y el levita no quería ver) lo que tenía en común con su consiervo.

Nos convertimos en servidores cuando recordamos con gratitud el amor, la misericordia, la compasión y la solidaridad de Dios hacia nosotros. Alimentamos el hábito del samaritano cuando volvemos a contar los testimonios salvíficos de Dios a lo largo de la historia y en nuestras propias vidas.

Dijimos en el capítulo uno, que el amor de Dios puede enviarnos a lugares inesperados, exhortándonos a servir a otros de maneras insospechadas. Pero debemos retornar una y otra vez al manantial de nuestro servicio: el amor de

Dios y la historia bíblica de Dios. El servicio debe permanecer conectado a la adoración entre el pueblo de Dios. En la congregación de aquellos que responden al amor de Dios, es donde recordamos.

La gracia versus las buenas obras: ¿Por qué tanta alharaca?

Seamos honestos: El prejuicio hacia otros grupos y la orgullosa preferencia por los nuestros, han enseñado al ser humano un hábito distinto que el del samaritano. Esto es evidente en muchos cristianos. Innumerables cristianos declaran que han experimentado el amor de Dios y hay ocasiones en las que demostramos el hábito del samaritano. Pero en la vida diaria, el servicio no siempre fluye en forma natural de la fuente de la salvación, como debiera hacerlo bíblicamente. En vez de esto, nosotros los cristianos a veces discutimos acerca de quién es nuestro prójimo.

Posiblemente ha escuchado algunos de los siguientes argumentos: "¿No estamos tratando de ganar nuestra salvación a través de buenas obras?" "¿No tienen ellos la culpa de ser pobres?" O bien, "No hay nada de malo en la acción social, pero ¿no nos distraerá de la comisión de ganar almas para la eternidad?"

También existen estos argumentos. "¿No es reflejo de una 'gracia barata' pensar que podemos ser salvos sólo por la fe?" "¿Por qué molestarnos en trabajar por un cambio social a través de la iglesia, si toma tanto tiempo?" O bien, "No hay nada de malo en el trabajo de socorro y en dar de comer a los pobres, pero ¿ésto no nos distrae de trabajar por lograr cambios en el sistema político que mantiene a la gente hambrienta y sin vivienda?"

Los que así argumentan pueden ser liberales, conservadores o, como la mayoría de nosotros, sin ninguna

consigna. Pero nuestro mismo debate muestra que estamos más interesados en justificar nuestras propias vidas que en dar vida a otros. Jesús y Lucas dijeron que cuando confiamos que es Dios quien nos justifica, el YO que busca la auto-justificación es despojado de poder. ¡Entonces podemos vivir libres y sin egoísmo para los demás!

Recuerde por qué preguntó el intérprete de la ley: "Y ¿quién es mi prójimo?" *Lo que quería era justificarse.* ¡Pero Jesús fué más allá de sus pretensiones, y de las nuestras! Le dijo: Si *tú* fueras su prójimo, no necesitarías preguntar. Si el servicio es tu estilo de vida, tú sencillamente servirás. *Jesús se percató que cuando el servicio se convierte en un punto de debate, los debatientes posiblemente desconocen de qué están hablando.*

¡El servicio está estrechamente vinculado con la justificación! Esto no significa que querramos servir para justificarnos por obras. De ser así, todavía estaríamos centrados en nosotros mismos y ni seríamos justos, ni estaríamos justificados. Es más, ese egoísmo secreto echaría a perder nuestro servicio a favor de los demás.

El servicio no deja espacio para largos debates acerca de si los cristianos debieran ser socialmente activos, ni para hablar sobre los méritos del prójimo. De lo contrario, Jesús podría preguntarse por qué nosotros que proclamamos que "somos justificados por la fe sólamente" estamos *aún* justificándonos a nosotros mismos.

Cristo nos libertó por gracia de la esclavitud al yo. Este es el testimonio de la iglesia. Somos libres para vivir para otros; tan sencillo como esto.

Por supuesto, nunca es tan sencillo. El pecado y la inseguridad todavía quieren controlarnos. Pero algo ocurre cuando con constancia nos volvemos a Cristo, meditamos y nos recordamos unos a otros quiénes somos en El. Nos

vestimos, como dice Pablo, del nuevo hombre en Cristo (Ef. 4:24 y Col. 3:10ss; Gal. 3:27).

Jesús, antes de ir a la cruz, dio a sus discípulos un ejemplo de cómo vestirse de esta nueva forma de ser. Juan 13 registra lo que Jesús dijo en la misma noche en que fue traicionado:

> Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido ... "Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis" (Juan 13:3-5, 15).

Jesús podía despojarse de su divina vestimenta de Señor y Maestro y ceñirse la toalla de un humilde siervo (v.14, Fil. 2:7), porque sabía quien era. No tenía que probar nada a nadie, ni tenía necesidad de justificarse a sí mismo. Lo mismo ocurre con nosotros; cuando conocemos nuestra identidad, quiénes somos en Cristo, en relación con Dios y en solidaridad con otros, nos convertimos en personas libres para servir.

Temas de Discusión

1. ¿Cuál es la diferencia entre compasión y lástima? Sugiera algunos ejemplos de ambos.

2. El autor presenta algunas conjeturas acerca de las raíces de la compasión del samaritano. ¿Qué cree *usted* que le movió a tener misericordia?

3. ¿Ha escuchado algunos debates acerca del servicio y la acción social? Estos debates, ¿han movido a la gente hacia "su prójimo", o la han apartado de él?

4. ¿Por qué es importante recordar y volver a relatar los hechos de salvación y de liberación de Dios a favor nuestro?

5. ¿Está de acuerdo que existe un vínculo entre el servicio y la justificación? ¿Cuál es ese vínculo?

Capítulo 3

EN TI SERAN BENDITAS TODAS LAS NACIONES DE LA TIERRA

El servicio se desborda en la salvación.

El servicio necesita más que motivación, aun cuando esa motivación sea como la de Cristo o la del samaritano; también necesita forma y dirección. Dejemos ahora dejemos las fuentes del servicio que son la compasión, la solidaridad y la gratitud a Cristo, y volvámonos a la meta de Dios para el servicio, y a la estrategia de Dios para alcanzar esa meta. ¿Cómo y con qué metas servimos cuando lo hacemos "en Cristo"?

Más allá de El buen samaritano

El samaritano fue una persona que actuó por el bien de otra persona. La disposición de dejar de lado sus propios asuntos por "el más pequeño de mis hermanos" (Mateo 25:40) siempre será la esencia y corazón del servicio verdadero. Aún cuando Dios nos llame a formas más complicadas de servicio, el cuidado del más pequeño o del miembro más débil de la sociedad es lo que debe mantener unido todo lo demás.

El levita y el sacerdote probablemente hayan pensado que si se detenían a auxiliar a ese hombre herido retrasarían su labor religiosa en la sinagoga, o aun en toda la nación. Pero su "servicio" ya se había apartado de su razón de ser.

No obstante, ninguna enseñanza, historia o parábola por sí sola puede instruirnos en todo lo que Dios desea enseñarnos acerca de un tema en particular. De manera que no criticamos al samaritano si decimos que su acción en favor de la víctima al lado del camino tenía limitaciones.

En primer lugar, el samaritano actuó solo. Dios no nos llama a ser samaritanos solitarios y heróicos en los tortuosos caminos del mundo; ¡gracias a Dios! Durante los años de la juventud cuando estamos embargados de ideales, tal vez creamos que solos podemos cambiar el mundo; esa es receta segura para el agotamiento.

Pero hay mucho más en juego. Dios está llamando a un pueblo que viva para todos los pueblos. Como veremos, la estrategia de Dios a lo largo de la historia ha sido crear *comunidades* que vivan para servir a *sus* comunidades.

El servicio no es meramente un hábito individual. La compasión y la misericordia no son sólo virtudes personales; cuando el pueblo de Dios es fiel a los propósitos de Dios, los individuos organizan su vida juntos alrededor del servicio y la compasión. El servicio no es para un grupo selecto, sino para todos. No es por unas cuantas horas a la semana, sino es la manera en que moldeamos nuestro estilo de vida, y no es por un año, sino por toda la vida.

En segundo lugar, el servicio es más vasto que las acciones de caridad individuales; nuevamente, ¡gracias a Dios! Al Señor le importa cada criatura, hasta "el más pequeño de éstos". Pero por esa misma razón, el propósito de Dios para nuestro servicio es mucho mayor que el cambio individual de uno-a-uno.

Martin Luther King, hijo, el predicador afroamericano que dirigió el movimiento de los derechos humanos en los Estados Unidos durante las décadas de 1950 y 1960, lo explica de la siguiente manera:

> Estamos llamados a actuar como El buen samaritano en el camino de la vida; pero ese debe ser únicamente el acto inicial. Un día debemos percatarnos que todo el camino a Jericó debe ser transformado para que la gente ya no sea asaltada, herida y robada mientras transita por el camino de la vida.[1]

¿Nos atreveríamos a soñar así? La Biblia comienza con una nueva creación y termina con una creación *re*novada. Pero ahora mismo, ambos acontecimientos parecen ciertamente muy distantes.

¿Qué está haciendo Dios en el mundo? [2]

Nuestro mundo nos desanima con facilidad; usted sabe porqué: contaminación del medio ambiente, injusticia, explotación sexual, racismo, deforestación y erosión del suelo, deuda interna y externa, funcionarios corruptos, ciudadanos cínicos, armas nucleares, dictaduras militares, guerra, torturas, terrorismo. Y hay siempre más bocas que alimentar, más enfermos que tratar.

No es de extrañar que muy pocas personas sueñan con una creación limpia y fresca ... como nueva. No es de extrañar que muy pocos esperan que se haga justicia más que para sí mismos, y eso únicamente después de un pleito. No es de extrañar que la paz sea difícil de encontrar y que el hambre campee. Y no es de extrañar que muchos cristianos comuniquen desesperación, aún mientras predican... "porque de tal manera amó Dios al mundo..."

¿Qué quiero decir con esto? Con frecuencia la única esperanza que el cristiano puede ofrecer al necesitado es una bienaventuranza celestial para sus almas después de la muerte. Si prometemos alguna esperanza para esta vida, en estos cuerpos, lo mejor que podemos ofrecer es una pequeñita esfera de paz personal, o tal vez de prosperidad

familiar. Ofrecemos sólo juicio y condención al mundo "que Dios tanto amó". Esperamos que la iglesia escape como el Arca de Noé, flotando sobre las aguas de la destrucción.

En otras palabras, ¡hemos abdicado a la mayordomía de la creación de Dios! Y esa es una actitud de rendición; es una actitud de desesperación.

Sin embargo, nosotros no somos los primeros cristianos que sufren desánimo. El mensaje de Jesús fue que el reino de los cielos se había acercado. *¡Que estaba a las puertas, tocando con fuerza, aún irrumpiendo!* El cuadro que Jesús pintó no fue de una bienaventuranza celestial ininterrumpida para nuestras almas. Mas bien, describió una mesa de banquete con suficiente comida para el hambriento, donde se manifiesta una total comunión y compañerismo con el Señor del banquete (Lucas 13:29; 14:15ss). Otra descripción coloca a los discípulos junto a Jesús haciendo llegar la justicia a las naciones (Lucas 22:28-29).

Un banquete de viandas es representativo de una existencia corporal. La justicia implica una existencia social, esto se suma a una nueva sociedad donde la voluntad de Dios "es hecha en la tierra lo mismo que en el cielo." Jesús, indudablemente, estaba hablando del nuevo reino como de una nueva sociedad donde los bienaventurados serían -no, ya eran- los hambrientos, los que lloran, los oprimidos, los misericordiosos, los pacificadores, los perseguidos (Mat. 5:3-11; 11:2-6; Luc. 6:20-26; 7:18-23).

A su vez, varios escritores del Nuevo Testamento hablaron de nuestro destino final como de un mundo totalmente nuevo, "nuevos cielos y nueva tierra" (2 Pe. 3:13; Apoc. 3:12; 14:3; 21:1-2; también vemos Is. 65:17; 66:22; Rom. 8:19-23; Heb. 11:10, 16). Por supuesto, que a los

que enfrentan la muerte también se les ofrece esta seguridad. Estaremos con Cristo hasta que este tiempo dé paso a la plenitud del tiempo por venir (Luc. 16:23, 23:43; Fil. 1:23).

Sin embargo, cuando Jesús no regresó tan pronto como esperaban los primeros cristianos, algunos se desalentaron; su esperanza cambió. Al final del siglo en que vivió Cristo, ya muchos *sólo* esperaban la existencia del alma en el cielo después de la muerte.

Los cristianos, hacia el siglo cuatro, habían logrado una gran influencia en el Imperio Romano. No es de sorprenderse que muy pocos consideraran que Dios estaba desafiando el orden terrenal establecido con uno radicalmente nuevo.

Ahora bien, los primeros cristianos nunca creyeron que ellos establecerían el reino de Dios por sus propias fuerzas; tampoco nosotros. Los proyectos humanos que prometen crear una tierra utópica, usualmente confían en la violencia y con frecuencia terminan en dictaduras. Esta es una verdad que se aplica tanto a ideologías sin Dios, como a cruzadas en el nombre de Dios. El hecho de que Dios viene a nosotros como siervo sufriente ¡desafía tanto a los esfuerzos cristianos como a los esfuerzos seculares para forzar el advenimiento del reino!

Pero la meta del plan salvífico de Dios es re-crear un mundo totalmente nuevo, no sólo rescatar nuestras almas del mundo. Esto debiera ejercer una influencia profunda en el ministerio de la iglesia. Debemos de hablar, ser y vivir las *buenas nuevas para la persona entera*, en nuestra palabra y obra, nuestra adoración y trabajo.

Desde lo más profundo del ser humano surge el anhelo vehemente por conocer algo que satisfaga su alma para siempre. Pero cuando la palabra de Dios que sana, perdona y da seguridad toca nuestras almas, no cesamos de

tener cuidado por nuestra vida en este mundo; cuidamos de nuestra comida, nuestras familias, nuestras tribus, nuestro prójimo, nuestros bosques, campos y trabajo, nuestra música, costumbres y arte.

Como personas íntegras seguimos viviendo en cuerpos, en sociedad, sobre la tierra. Por cierto, si la esperanza dada por Dios está profundamente enraizada en nuestras almas, amaremos aún más al mundo creado por Dios. Gemiremos junto con el Espíritu Santo y con la misma creación, cuando anhelamos la plenitud de la salvación (Rom. 8:18-27).

Solo Dios puede traer esa plenitud de salvación por su reino. El es el único que puede terminar de tender el puente con el futuro. No obstante, de alguna manera es importante lo que nosotros hagamos por poner un fundamento. Es importante desde este momento para nuestro prójimo.

Nuestros mejores esfuerzos por transformar el camino de Jericó, por alimentar a nuestro prójimo y por cambiar el mundo, seran sólo parciales; tentativos e incompletos. Pero cuando se hacen en el nombre de Cristo, en su carácter de siervo, nuestras palabras y hechos serán señales de que el reino ya está irrumpiendo. Serán señales semejantes a las que Jesús manifestó a través de sus enseñanzas y sanidades.

1) Mostrarán cómo es el reino de Dios.

2) Producirán fe en que el reino realmente vendrá.

3) Atraerán a la gente a comenzar a vivir en los caminos del reino bajo el señorío del siervo Jesús.

4) Comunicarán el poder de la gracia que todos necesitamos para responder a este llamado.

Obviamente aquí existe una tensión, porque de cierta forma, el reino *ya está* entre nosotros; pero por otra parte, *todavía no* ha llegado. Para aliviar la tensión entre el *ya*

está, y el *todavía no*, los cristianos hacen varias cosas. Algunos caen en la tentación de pensar que pueden forzar el advenimiento del reino a través de la violencia, o aún por un activismo frenético. Otros caen en la tentación de simplemente esperar que Dios solo traiga el reino.

Pero si recuperamos la esperanza de resurrección *corporal* que alentó a los primeros cristianos (Rom. 8:11; 1 Cor. 15), podremos mantener las cosas en su lugar. La resurrección corporal que experimentaremos en los nuevos cielos y tierra, promete dotarnos de un cuerpo muy semejante al cuerpo resucitado de Jesús.

Durante las semanas transcurridas entre la resurrección y la ascensión de Jesús, los discípulos fueron testigos de una realidad que era tanto semejante, como diferente a cualquier existencia corporal conocida. Jesús apareció entre ellos cuando, por miedo a los judíos, habían cerrado las puertas (Juan 20:19). Después de partir el pan, desapareció de su vista (Lucas 24:30,31). Obviamente, su cuerpo resucitado no era semejante al nuestro; pero Jesús no era un fantasma, ni una alucinación. Su cuerpo era tan real, que los discípulos pudieron tocar sus heridas y El pudo comer el pescado que le sirvieron.

Los nuevos cielos y tierra de Dios también serán totalmente diferentes a cualquier cosa conocida en la actualidad. No obstante, serán más fácil de reconocer de lo que pensamos, ¡especialmente si nos hemos imaginado tocando arpas sobre blancas nubes, o flotando llenos de felicidad como espíritus o ángeles en el cielo!

Según el profeta hebreo Isaías, la vida en el mundo futuro aún tendrá casas, viñas y agricultura (65:17-25). Los autores de Hebreos y Apocalipsis expresan que el nuevo orden vendrá como una ciudad (Heb. 11:16; Apo. 3:12; 21:2). Una ciudad (*polis* en griego) significa una existencia social, y aun política.

Así que el mundo nuevo que Dios traerá, será semejante al cuerpo resucitado de Jesús. Entonces, ¿a qué se asemeja nuestro servicio actual y trabajo encaminado a lograr el cambio social? Estos se parecen más a la resurrección de Lázaro.

Juan 11 registra la última gran señal que Jesús realizó antes de su crucifixión. Levantó a su amigo Lázaro de los muertos. Este resucitó con su mismo cuerpo, e indudablemente murió nuevamente. Sin embargo, su misma existencia constituyó una señal tan poderosa, que las autoridades religiosas acordaron matarlo, así como a Jesús (Juan 12:10-11).

Nuestros actos de servicio y los cambios que provocan son así; dependen de la infusión del poder de servicio de Jesús. Aún así, pueden desvanecerse. No obstante, valen la pena; pueden prolongar la vida y pueden señalar hacia la plenitud del reino de Dios.

Pero ¿cómo? [3]

Dios también se desanimó; al menos esa es la impresión que recibimos al leer los primeros once capítulos de la Biblia.

La historia bíblica comienza con una nueva y fresca creación (Gén. 1-2); pero la humanidad se rebeló y junto con toda la creación, cayó bajo el maldito poder de la muerte (Gén. 3). El efecto de la relación rota entre Dios y el hombre pronto se multiplicó en un conflicto mortal entre hermanos; pero Dios no se dio por vencido, no abandonó ni siquiera a Caín, el asesino. Dios mitigó la maldición con la promesa de impedir que la muerte siguiera multiplicándose indefinidamente. En los hijos de Caín se multiplicaron las habilidades para sobrevivir y aun para hacer música, pero también la amenaza de violencia (Gén. 4).

La humanidad creció en número (Gén. 5). Y, a pesar de la paciencia de Dios, la maldad también creció (Gén. 6:3-5). Si Noé no hubiera hallado gracia delante de Dios, según lo manifiesta Génesis, Dios habría destruido a todas las criaturas. Pero al salvar del diluvio a la familia de Noé, Dios estableció un nuevo comienzo (Gen. 6-8).

Dios, nuevamente, templó la maldición de la muerte con una promesa de vida. El arco iris fue la señal visible de la promesa de Dios de restringir las aguas para siempre. Génesis 9:16 establece, sin lugar a dudas, la amplitud del cuidado de Dios. Este fue un pacto perpetuo "entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra".

Sin embargo, la maldición echó a perder la relación entre hermanos demasiado pronto. Esta vez, el resultado fue una esclavitud opresiva (Gen. 9:18-29). De modo que, conforme la humanidad nuevamente crecía y se extendía (Gen.10), nubarrones oscurecieron el nuevo comienzo bajo el arco iris.

Los humanos trataron, efectivamente, de aprovecharse de la promesa del paciente cuidado de Dios para sus propios fines. Querían hacerse de un nombre, llegar al cielo desde una torre construida por manos humanas para dar fuerza a una falsa unidad. Pero el Señor frustró sus planes, confundió sus lenguas y los esparció. Y en esta ocasión, en Babel, Dios no mitigó su juicio.

¿Había Dios descartado a los humanos, al fin y al cabo? Parece que Dios estaba desanimado. Los escritores de Génesis creían que todas las familias de la tierra eran valiosas para Dios. Repetidamente registran las listas genealógicas de todas las familias conocidas (Gén. 5; 9:19; 10). La humanidad había frustrado toda acción a favor suyo. Los humanos habían abusado y hecho mal uso de todos los dones, la protección y las habilidades dadas por

Dios. La Providencia --la actividad global de Dios en el transcurso de la historia-- había sido de poco provecho.

Pero ¡Dios ya no podía hacerse atrás! Había hecho un pacto "con todo ser viviente". Ya no podía salvar a una sola familia (como la de Noé), sin salvar a toda la creación. Cualquier otro intento por limpiar la tierra ¡implicaría el rompimiento de su propio pacto! El único camino por delante era redimir a *todas* las familias y naciones.

Pero ¿cómo? ¿Qué podría funcionar? Génesis 11 termina con esta interrogante pendiente. Dios, en esta oportunidad, no ofrece a la humanidad ninguna palabra que pudiera convertir las caóticas lenguas de Babel en un mensaje de esperanza.

Sin embargo, había un susurro en la historia. Las familias de la tierra estaban pasando por un tamiz. Las tribus de Sem, hijo de Noé, ahora requerían atención especial. Entre ellas, un clan daba señales de inquietud. Taré estaba en el camino, aunque todavía su destino era incierto. Pero Taré tenía un hijo y una nuera, Abram y Sarai. Fijemos nuestros ojos en ellos, aún con incertidumbre, aún esperando una palabra de esperanza.

El llamamiento de Abraham

Súbitamente, de entre todas las familias de la tierra, Jehová, el Soberano Señor, elije dirigirse a una familia.

> Pero Jehová había dicho a Abram: "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra".
>
> Y se fue Abram, como Jehová le dijo, y Lot fue con él (Gen. 12:1-4). [4]

El mandato del Señor parecía muy sencillo: "¡Vete!" Para los antiguos arrancar sus raíces y dejar a sus parientes era mucho más difícil que para la gente moderna; pero la demanda de Dios era muy pequeña comparada con su promesa. El énfasis radicaba en la iniciativa de Dios. Era Dios quien se ponía en movimiento. Abram y Sarai únicamente tenían que perseverar, y Dios los bendeciría.

¡La estrategia de Dios había cambiado! La esfera de acción seguía siendo todas las familias de la tierra. Dios todavía anhelaba restaurar las relaciones (humanas-con-Dios y humanas-con-humanas) al potencial que tenían originalmente en el tiempo de la creación.

Dios, para alcanzar esa meta, redujo el foco de la acción: llamó y creó un pueblo distinto. Este pueblo debía servir a Dios sirviendo a todos los pueblos. ¡Este pueblo no viviría sólo para sí! Dios no llamó a Abram para *salir del mundo*, como lo hizo con Noé. Dios llamó a Abram para *servir al mundo.*

Ahora bien, para comprender la manera en que Dios obra con nosotros y con el mundo, debemos establecer lo que significa *ser bendecido* y *ser de bendición para otros.* La doctrina judeo-cristiana de la elección ha sido fuente de mucha confusión ¡hasta entre los "elegidos"! La tentación de acumular las bendiciones de Dios y verlas como un mandato para gobernar sobre otros, tienta a todos los que se consideran pueblo escogido de Dios.

Mientras tanto, la pretensión de que el Dios del universo se revele a sí mismo a través de una sola familia o persona parece un gran escándalo para muchos. Para ellos es razón suficiente para rechazar la fe de Abraham y de Jesús.

No se equivoque, Abram necesitaba experimentar las bendiciones de Dios para convertirse en bendición. Dios deseaba que Abram ofreciera algo nuevo, fresco y vivi-

ficante a toda la historia y pueblos; y lo logró al crear, a través de Abraham, un pueblo diferente con una clase de historia nueva y diferente. Este pueblo debía conocer el amor y cuidado de Dios en medio de toda suerte de pruebas para poder, a su vez, ofrecer amor y compasión a la humanidad sufriente.

La bendición implicaba acceso a la tierra (Gén. 12:1), descendencia (Gén. 15:17; 18:9ss; 21:1-7), nuevos nombres, una nueva identidad dada por Dios (Gén. 12:2; 17:5, 15). Pero sobre todo, implicaba una relación de pacto con Dios. En este pacto, las demandas de Dios sobre Abraham fueron muy pequeñas en comparación a sus promesas.

Sin embargo, *la bendición nunca es un fin en sí misma*; mas bien, es un medio para la consecución de los fines de Dios. Abraham fue bendecido *para poder ser una bendición;* ya en la primera generación, la comunidad Abrahámica mostró pistas prácticas acerca del cómo.

En Génesis 18, Dios se apareció a Abraham bajo la forma de tres misteriosos visitantes; descansaron y comieron y el Señor repitió la promesa de un hijo. Sara se rió de la noticia, como había hecho Abraham (Gén.17:17). Pero Dios ya estaba haciendo que Abraham participara de sus propósitos.

"Abraham se convertirá en una nación grande y fuerte", dijo Dios. "Habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra ¿encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer con la nación cuyo centro es Sodoma y Gomorra?"

"No", declaró Dios, "pues yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio" (Gén. 18:1-19).

El "camino de Jehová" significaba que Abraham y su familia participarían de la justicia de Dios. ¡Así que Dios aun permitió a Abraham cuestionar la justicia de su plan

para destruir las dos ciudades! Se acercó Abraham y dijo: "¿Destruirás también al justo con el impío? ... ¡lejos de ti el hacer tal cosa! ... El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gén. 18:23-25).

"La bendición a las naciones" y "el camino del Señor" implicaban un anhelo ferviente por el bien de los demás. Abraham intercedió ante Dios por la justicia que busca misericordia, no castigo. Esas naciones eran corruptas, pero mientras existiera alguna esperanza de que algún bien pudiera salir de ellas, él deseaba preservar y cuidar lo mejor que quedara en las ciudades perversas.

¡Fue muy distinta a la actitud de un descendiente suyo, Jonás! Siglos más tarde, Jonás esperaba con regocijo el juicio de Dios sobre la perversa ciudad imperial de Nínive, y se disgustó cuando Dios mostró misericordia. ¡Qué diferente a las actitudes de los discípulos registradas en Lucas 9:52-56! Ellos estaban listos para hacer descender fuego del cielo sobre la aldea samaritana que se negó a recibir a Jesús.

El clan abrahámico era demasiado pequeño para alterar el destino de Sodoma y Gomorra; pero un hijo, un nieto y un bisnieto de Abraham fueron de bendición a otros clanes y naciones.

Génesis 26 nos muestra que Isaac, hijo de Abraham, resolvió un conflicto entre sus hombres y los filisteos acerca del derecho de posesión de unos pozos de agua. Selló un pacto de paz (*shalom*) con su rey Abimelec. Los dos grupos acordaron no agredirse de ninguna manera; luego los dos líderes celebraron juntos la bendición del Señor.

El nieto de Abraham, Jacob, es famoso por maquinar contra su hermano para apoderarse de la bendición de la primogenitura. Pero aun Jacob resultó ser de bendición. Labán, su suegro, se valió de muchas tretas para conservarlo como pastor de sus ovejas. Pero al final, confiesa

que "el Señor me ha bendecido por causa tuya" (Gén. 30:27).

Casi al final de Génesis, un bisnieto justo de Abraham, José, está en una posición de poder que le permite preservar la vida de muchos durante una prolongada sequía (Gén. 41:57; 45:5; 50:20). Por medio de una hábil organización salva de inanición a su propio clan, al poderoso imperio egipcio y a las naciones vecinas. Así que, vemos que ya en las primeras cuatro generaciones de la comunidad abrahámica, comienzan a surgir modelos de bendición y servicio.

El pueblo-para-otros-pueblos abrahámico intercedió ante Dios a favor de ciudades reconocidas por su corrupción. La comunidad estaba lista para resolver conflictos pacíficamente a fin de que los pueblos vecinos pudieran tener acceso a los recursos naturales. Compartió su conocimiento técnico y brindó ayuda económica. Manejó los recursos con sabiduría en tiempos de escasez; aun cuando eso implicó colaborar con el imperio que eventualmente se volvería contra ellos y oprimiría a los descendientes de Abraham.

* * *

Los propósitos de Dios aquí son inmensos. Pero fue necesario el desarrollo de toda la historia bíblica para mostrar la riqueza del significado de las palabras iniciales de Dios a Abraham; por cierto, aún estamos aprendiendo los propósitos de Dios. Aquí, en pocas palabras, se nos presenta el plan de salvación de Dios. Nuestra teología de servicio se fundamenta en el pueblo-para-todos-los-pueblos.

Jesús más tarde vivió la plenitud de la revelación y propósitos de Dios, pero su advenimiento no alteró su

estrategia abrahámica; mas bien, Jesús mismo definitivamente dio cumplimiento a la forma de ser de Dios al vivir para otros. Jesús, por medio de este proceso, creó un nuevo pueblo abrahámico llamado a vivir para otros pueblos en todo el mundo y a través de todos los tiempos.

Temas de Discusión

1. ¿Por qué son necesarias, pero no suficientes, las actitudes de El buen samaritano para asegurar nuestro servicio a otros como Dios quiere?

2. ¿Cómo se imagina usted el cielo? La promesa bíblica de "nuevos cielos y nueva tierra", ¿lo desafía a dibujar un cuadro mental diferente? ¿Cómo afecta esto su vida diaria o la de su iglesia?

3. ¿Podrá Dios, en verdad, cambiar al mundo entero comenzando con una sola familia o un pequeño grupo? ¿Podría Dios cambiar el mundo *sin* comenzar desde lo más pequeño? Explique.

4. ¿Está de acuerdo que las bendiciones de Dios jamás son un fin en sí mismas? Explique.

5. Enumere las formas en que Abraham, Sara y sus descendientes fueron de bendición para otros. Luego piense en un ejemplo moderno que concuerde con cada cosa en su lista.

Capítulo 4

¿QUIEN HA CREIDO A NUESTRO ANUNCIO?

Dios busca un pueblo de siervos

Abraham probablemente no llegó a entender plenamente el significado del pacto que Dios hizo con él. Los descendientes de Abraham lucharon generación tras generación, crisis tras crisis, para aprender el significado del llamamiento que había dado origen a su llamamiento como pueblo.

Es una hazaña, al fin y al cabo, recibir gozosos las bendiciones de Dios y luego no acapararlas. No es fácil bendecir a otros cuando ésto significa arriesgar el bienestar propio. Es difícil recordar que Dios nos liberó de la esclavitud en Egipto, sin pensar que ahora Dios nos ha dado el derecho de dominar a otros y es difícil ganar nuestra vida, perdiéndola.

Sin embargo, el servicio fiel a Dios y a los demás requiere que hagamos estas dos cosas: Debemos celebrar por siempre las bendiciones de Dios, mientras repartimos esas bendiciones entre otros. La senda de la fidelidad descansa entre dos tentaciones gemelas: la *disipación* (dispersar, gastar, desperdiciar) y la *exclusión.* El pueblo de Dios debe vivir audazmente en el mundo sin disiparse hasta el punto en que ya no tenga nada distintivo que ofrecer. Sin embargo, no debemos mantener nuestra posición construyendo barricadas contra los desafíos, necesidades y necesitados para quienes Dios nos ha reunido.

Tiempos de reyes y pruebas de profetas

La tierra, la identidad y la nacionalidad propia fueron bendiciones para una familia nómada. Fueron buenas nuevas para Abraham y Sara, así como para sus descendientes en Egipto. Faraón los oprimió, los esclavizó y los despojó de su cultura y economía; pero Dios los bendijo liberándolos de Egipto. Los dones otorgados por Dios durante el Exodo --la tierra prometida y la Ley de Moisés-- demuestran el cuidado de Dios por sus verdaderos intereses.

Pero la tentación de acaparar las bendiciones de Dios se presentó precisamente cuando adquirieron tierra y nacionalidad (vea Deuteronomio 8:7-20). El drama de la historia hebrea y las Escrituras giran alrededor de dicho problema. Dios jamás permitió que su pueblo lo ignorara por mucho tiempo.

Dios, a través de profetas y reformadores, les exhortó una y otra vez a recapacitar sobre la razón de su existencia. ¿Olvidarían que eran siervos de Dios ahora que él los había bendecido? ¿Ignorarían la responsabilidad que acompaña a la bendición?

Las interrogantes anteriores comenzaron a surgir después que el pueblo pidió un rey a Dios. Ellos querían ser "como todas las naciones, con un rey que nos gobierne y salga delante de nosotros y haga nuestras guerras" (1 Sam. 8:20). Las otras naciones peleaban y oprimían para asegurar sus propios intereses a expensas de otros.

¿Era este el "camino del Señor"? ¿Cómo podría encajar la bendición en una política tan ajena a los planes de Dios? Y, ¿qué clase de bendición podrían ofrecer si no eran diferentes a las demás naciones? El pacto que había hecho del Señor Dios su exclusivo rey, los había hecho diferentes.

Pero ahora, ellos también querían un rey humano.

El reinado de David representa, en muchas formas el climax y el cumplimiento de las buenas nuevas de liberación anunciadas durante el Exodo. El pueblo esclavo ahora se había convertido en una nación. Disfrutaban de prosperidad, fronteras seguras, una diplomacia internacional de vasto alcance, y de prestigio.

Pero el equilibrio entre el legítimo interés propio y el servicio, entre recibir la bendición de Dios y ser bendición a otras naciones, es sumamente delicado. La sangre en las manos de David constituyó una advertencia de que algo andaba mal. Pronto los esfuerzos de Salomón por asegurarse un imperio demostraron cuán errado estaba. Por medio de la diplomacia y de matrimonios con princesas extranjeras, introdujo la idolatría a los mismos atrios de Jerusalén.

La política interna de Salomón era tan peligrosa como su política extranjera. Sometió al pueblo de Dios a grandes impuestos, trabajo forzado y conscripción militar. Es verdad, edificó un templo a Dios; por unos cuantos años el templo ocultó la opresión con la que lo había construído. Pero al morir Salomón se desencadenó el derramamiento de sangre y la división política. El encanto estaba roto. El pueblo de Dios estaba perdiendo su vida al tratar de ganarla para sí mismo.

La "época de oro" de David y Salomón parecía más esplendorosa conforme cada malvado y pequeño sucesor se sentaba en el trono. Pero conforme la prosperidad disminuía y la dinastía gobernaba sobre un territorio cada vez más pequeño, la dudas del pueblo crecían. Un remanente de israelitas cuidadoso y obediente continuaba creyendo que Dios verdaderamente era Señor; pero sólo una visión más amplia podría explicar cómo.

Los propósitos originales de Dios adquirieron claridad conforme la gloria de la dinastía de David se desvanecía.

Cuando la nación se deslizaba hacia la destrucción, los profetas trataron de enfocar el significado de la ahora triste historia de Israel.

Primero lucharon contra el concepto de que las bendiciones de Dios eran exclusivamente para su placer. Para muchos israelitas era artículo de fe que Dios había establecido la linea dinástica de David para siempre, y no sólo al pueblo de Abraham.

Entre la clase gobernante de Israel era popular la creencia de que el Señor aseguraría el reino perpetuo a los descendientes de David, aunque se hubieran sumido en la corrupción, la idolatría y la injusticia social. Dios había salvado a Israel antes en el momento preciso, y lo haría otra vez, aseguraban los falsos profetas.

En vez de esto, imperios orientales arrasaron Israel. Deportaron a los hijos más talentosos de Abraham. Cuando la clase gobernante despertó del golpe del cautiverio, la nueva situación dio a luz la visión más amplia y clara del propósito de Dios en las Escrituras hebreas. La visión de profetas como Isaías más adelante dio forma a la propia identidad de Jesús y penetró en las Escrituras cristianas.

El siervo sufriente de Isaías

Los discípulos de Isaías se reunieron, aun en el exilio, y continuaron orando, estudiando y presentando las enseñzas de su maestro. Estaban lejos de la tierra prometida de sus antepasados; sin embargo, descubrieron que aún podían practicar la fe de Abraham, de Sara y de Moisés. Y que Dios escuchaba sus oraciones aún allí.

Indudablemente, Dios era Señor de toda la tierra. Los exiliados aún añoraban retornar a su patria; pero podían practicar el bien aun en la ciudad de sus captores. Así insistía un profeta cuando les apremiaba a establecerse y a

buscar el bienestar (el *shalom*) de la sociedad en la que se encontraban ahora (Jer. 29:4ss).

¿Qué significaba todo esto? De varias fuentes surgieron cantos acerca del "Siervo del Señor" que finalmente sería fiel a los propósitos de Dios, aun en medio del sufrimiento. El ejemplo de Isaías mismo inspiraba a sus discípulos. El había sufrido mucho, pero perseveró aun cuando toda la nación rechazó sus advertencias.

Los exiliados se sorprendieron al descubrir que podían servir al Señor aun como siervos civiles cautivos de un emperador gentil. Y su anhelo de un nuevo éxodo de vuelta a Jerusalén los hizo susceptibles a una esperanza renovada, a un Mesías quien libertaría al pueblo de Dios de una vez y para siempre.

Los himnos del "Siervo del Señor" aparecen en Isaías 42:1-9; 49:1-6; 50:4-11; 52:13 al 53:12.[1] Estos himnos a veces parecen referirse a algún profeta dinámico entre los discípulos exiliados de Isaías. Otras veces parece que un remanente de Israel se convertiría en el siervo sufriente al aprender las lecciones de la cautividad y adherirse fielmente a los justos caminos del Señor (vea Isaías 42:8-10 y 51:1-2), y en ocasiones los himnos señalan a un fiel Siervo-Mesías que habría de venir.

Dios llamó a *todos* los hijos de Abraham para que fuesen bendición, por lo tanto, todos estos significados son aceptables y aplicables. La totalidad del pueblo debía ser siervo del Señor; pero si Israel fracasaba, un sólo siervo, fiel a pesar del sufrimiento, tomaría su lugar. El serviría a todos los pueblos de la manera que el pueblo de Dios debía hacerlo y al mismo tiempo, formaría un nuevo pueblo-para-otros-pueblos.

Los himnos del siervo, a partir del primer "He aquí mi siervo", presentan un enfoque doble que es fiel al llamamiento de Abraham. El Espíritu de Dios ungiría al siervo

para libertar a los exiliados israelitas, abriría sus ojos al continuo cuidado de Dios por ellos y les conduciría a su patria en un nuevo éxodo.

Esto significaba una bendición renovada para los hijos de Abraham. El Siervo "no se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia", aun las "más lejanas costas esperan sus enseñanzas". ¡El siervo bendeciría a todos los pueblos! (Is. 42:1-9).

El amor de Dios es inclusivo: La misión del siervo sería global. Todas las naciones se reunirían para escuchar el testimonio del siervo (Is. 43:8-13). "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra" (Is. 49:1-6).

El siervo establecería la justicia, sería testimonio y luz, pero a un gran precio. El siervo sería despreciado, su propio pueblo lo rechazaría (Is. 49:7, 53:2-3). Las naciones lo mal interpretarían (Is. 52:15).

Y esto sería únicamente el principio. El siervo recibiría golpes, insultos, escupitazos y muerte. Pero no se rebelaría contra la forma en que Dios procuraba justicia y liberación para la humanidad por medio de su servidumbre, mas bien confiaría que Dios lo vindicaría (Is. 49:7; 50:4-7; 53:4-10). Finalmente, el siervo "sería prosperado, engrandecido y exaltado... muy en alto" (Is. 52:13).

Ha sido difícil de entender para toda la gente en todos los tiempo, incluyéndonos a nosotros, esta forma de lograr justicia y liberación. Lo que está claro es que este siervo es uno que vive y muere por otros. ¡Vive y muere por las mismas naciones que se asombraron ante su desfiguración y se ofendieron ante su aparente debilidad (Is. 52:14-15)!

Los reyes se desconciertan y callan; vagamente perciben lo que jamás esperaron ver: Hay más poder en el

camino del servicio sufriente que en la dominación. El siervo, a pesar del rechazo, pone sobre sus hombros sus enfermedades y sufre sus dolores, carga con sus culpas y con sus pecados. El siervo los reconcilia con Dios, a pesar de sus rebeliones. Este siervo sufriente, al vivir y morir por otros, nos hace justos (Is. 53:4-11).

El siervo restauraría al pueblo de Abraham a su papel como siervo del Señor en esta senda de justicia y liberación. Los cánticos y profecías de los discípulos de Isaías dieron valor a muchos exiliados para volver a su patria.

Pero después del exilio, la comunidad israelita no supo qué hacer con la visión más amplia del siervo sufriente. ¿Qué nación puede ser restaurada a la prosperidad y al mismo tiempo ser sierva sufriente de otras naciones?

Surgieron nuevas interrogantes durante los siglos después del exilio. ¿Necesitaban de un Estado y de un territorio soberano para ser un pueblo? Los macabeos y zelotes que se rebelaron contra la dominación extranjera de Palestina insistían que el pueblo de Dios necesitaba su propio Estado; pero las nuevas comunidades judías dispersas alrededor del Mediterráneo (la diáspora) demostraron que ellos podían permanecer como un pueblo distinto, aun viviendo entre otros pueblos.

¿No había peligro en mezclarse con otras razas y culturas? Esdras y Nehemías insistieron en la separación estricta y rehusaron tolerar matrimonios mixtos. Pero el escritor del libro de Jonás llamó a una apertura más amplia y amable. Al fin y al cabo, aun "Nínive" y otros centros de poder político, de quienes los israelitas desconfiaban, podían arrepentirse.

Con demasiada frecuencia a lo largo de su historia, la bendición de poseer un territorio y una nacionalidad propios, tentó al pueblo de Dios a excluír a otros de los

propósitos de Dios. Con demasiada frecuencia se encerraron dentro de un estrecho nacionalismo y de esta forma, jamás podrían ser una bendición para otras naciones.

Sin embargo, perder la identidad de pueblo bendecido por Dios a través de Abraham, tampoco era la respuesta. Se dice que diez de las tribus se perdieron durante el exilio. Tal vez sea una leyenda; pero nos recuerda que el pueblo de Dios no puede ser de bendición si se desintegra.

No podían arriesgarse a dejar de proclamar "¡oye Israel!" Tenían que seguir amando al Señor con todo su corazón; llevar la torah de Dios en sus corazones y enseñarla con diligencia a sus hijos, y hablar de ello siempre (Deut. 6:4 ff). Si dejaban de hacerlo, cesarían de ser un pueblo.

Sólo una tensión viva y creativa puede evitar tanto la exclusión como la disipación. En cierta ocasión el teólogo norteamericano Reinhold Niebuhr demostró que los individuos pueden algunas veces amarse unos a otros, pero los grupos sociales, por naturaleza, están interesados sólo en sí mismos.[2]

Uno de los mensajes de Isaías es éste: Cuando el pueblo de Dios es moldeado por la historia de Abraham, confía en el poder de Dios y es ungido por el Espíritu de Dios, entonces puede romper las cadenas del interés propio. Pero, después de tantos siglos, ¿podría esperarse que emergiera un pueblo convertido y consagrado al servicio de los demás?

En el mejor de los casos, imperfectamente; y sólo si Dios entraba directamente en la historia humana. Sólo si Dios enviara a su siervo sufriente, quien por voluntad propia se consagrara a servir a los demás.

Jesús, el uno-para-otros

En el capítulo dos estudiamos la compasión de El buen samaritano. Sugerimos que al recordar los actos de compasión de Dios hacia nosotros, podemos desarrollar compasión y hermandad.

Lo mismo se aplica al verdadero pueblo de siervos que Dios ha estado formando a lo largo de la historia. Ultimadamente, un pueblo-para-otros-pueblos podía emerger únicamente debido a que Dios se convirtió en una persona-para-otras-personas. Amamos porque Dios nos amó primero. Somos siervos porque Dios primero fue siervo.

Los líderes de la iglesia, en el segundo y tercer siglo de la era cristiana, interpretaron la parábola de El buen samaritano en forma alegórica (pensaron que cada parte de la historia tenía un simbolismo oculto): Los ladrones representaban al pecado y al diablo; la humanidad era la víctima al lado del camino.

Decían que cuando la ley y los profetas fracasaron en rescatar a la humanidad vino Cristo. El cuidó de nosotros, comenzó a sanarnos, y con su propia vida pagó el precio que nos volvería a la vida. De manera que el buen samaritano, en realidad, era Cristo.

Yo rechacé totalmente esta interpretación por muchos años. El hecho de convertir la parábola en una alegoría implicaba la distorsión de su fuerte y obvio mensaje. La alegoría ocultaba el hecho de que la iglesia también podía volverse tan indiferente a los necesitados como el sacerdote y el levita y aun conducir a la auto-complacencia.

Sigo creyendo que al interpretar esta historia debemos destacar el mensaje de Jesús acerca del amor al prójimo. Pero he comenzado a admitir que aquellos primeros líderes de la iglesia tenían una visión útil. Es debido a que Jesús se convirtió en el paria misericordioso por nosotros, que

podemos seguir el ejemplo del samaritano en bien de otros.

Así como el samaritano cuidó, previó y suministró todo lo que la víctima al lado del camino necesitaba para recuperarse, Jesús también proveyó todo lo que la humanidad necesitaba para ser sanada. Su vida y su obra, cuyo climax lo alcanza en la cruz, trajo para la humanidad perdón delante de Dios, reconciliación entre los pueblos y liberación de las estructuras injustas de nuestro mundo. Su resurrección y el derramamiento del Espíritu Santo nos dan poder para vivir la vida de unidad y armonía que Dios quiere para la humanidad.

Siendo que Jesús se convirtió en el Siervo que el Señor buscaba desde Abraham, el pueblo de Dios puede finalmente convertirse en un pueblo de siervos. Y siendo que Jesús fue la persona-para-otras-personas, nosotros podemos ser un pueblo-para-otros-pueblos.

Cuando Jesús inauguró su ministerio en la sinagoga de Nazareth, su pueblo natal, leyó del libro de Isaías. Dijo que el Espíritu del Señor estaba sobre él para dar buenas nuevas a los pobres, para proclamar libertad a los cautivos, para dar vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos, y anunciar un nuevo comienzo de justicia y redistribución económica. El proyecto que Jesús anunció era tan radical que por poco lo apedrean (Lucas 4:16-30).

Pero, en sí, lo que provocó a sus paisanos no era su pretensión de ser el Siervo del Señor. Ellos estaban dispuestos a recibir con júbilo las bendiciones de Dios, pero las querían para sí mismos. Así que Jesús les recordó que con frecuencia Dios elige obrar y bendecir a gente de otras naciones. *Esa* fue la razón por la que se levantó una turba dispuesta a lincharlo.

Si Jesús hubiera elegido ser un mesías que salvara y sirviera a Israel, a expensas de otros pueblos, probable-

mente jamás hubiera sido ejecutado. El rechazó la opción política prevaleciente en su día, no porque fuera política, sino porque era esencialmente nacionalista. Jesús hizo suya la totalidad de la visión de siervo de Isaías, incluyendo su alcance internacional e intercultural.

Re-creando el pueblo-para-todos-los-pueblos de Abraham

Los primeros cristianos inmediatamente reconocieron y proclamaron a Jesús como el Siervo del Señor descrito por Isaías (vea Hch. 3:13-26; 4:27-30; 8:26-35).

El antiguo himno, que Pablo cita en Filipenses 2:6-11, expresa la convicción de los primeros cristianos de que el servicio estaba al corazón de la identidad de Jesús. Para convertirse en un ser humano en todo aspecto, Jesús había renunciado a "ser igual a Dios ... se despojó a sí mismo," y luego "tomó la forma de siervo" (o esclavo).

La identidad de Jesús tuvo consecuencias inmediatas para la nueva comunidad de discípulos que lo seguían. La "mente de Cristo", que motivó su servicio, debía ser la mente de los discípulos. Jesús había insistido en que un siervo nunca es mayor que su maestro (Jn. 13:16; 15:20).

Así como Jesús lavó los piés de sus discípulos, ellos lo tenían que hacer con otros. Así como el sufrió y murió, ellos tenían que sufrir y morir. Para lograr los propósitos de Dios, tenían que usar un poder distinto al poder del mundo (Mar. 10:41-45).

La vida de servicio no era un mandamiento, no era opcional, no era para unos cuantos con llamado especial. Tampoco era un camino adicional de perfección para unos pocos cristianos particularmente serios acerca de la fe. Todo creyente debe ser un siervo desde el momento que inicia su "nueva vida en Cristo" (vea Gál. 3:27; Ef. 4:23-24; Col. 3:9b-15).

La iglesia primitiva aún tenía que aprender mucho acerca de como ser un pueblo de siervos, una bendición para todas las naciones. El libro de los Hechos y las cartas de Pablo exponen a una iglesia que lucha con muchos temas prácticos y teológicos cuando judíos y gentiles comenzaron a mezclarse en un sólo cuerpo. Los hebreos cristianos tenían razones para temer la disipación. Los gentiles cristianos tenían razones para sentirse excluidos como ciudadanos de segunda clase.

El apóstol Pablo se esforzó por trazar una senda entre la disipación y la exclusión. Lo conocemos como el apóstol de los gentiles. Leemos en Hechos y en Gálatas con cuanto valor defendió el derecho de las iglesias gentiles para aplicar el evangelio en formas apropiadas a sus propias culturas. Pablo quería esparcir el evangelio y llevar su bendición a todas las naciones.

Pero Pablo también trabajó vigorosamente para evitar que el evangelio se contaminara con las creencias de los gentiles. Para él, la iglesia era el "nuevo Israel". Tenía su propia identidad y estilo de vida que tenía que ser tan "transformada" y "no-conformista" como la de aquellos que recibieron las enseñanzas de Moisés en el Sinaí, quienes fueron llamados a ser santos y apartarse de entre las naciones (Rom. 12:1-2).

Las cartas de Pablo muestran sus múltiples esfuerzos al tratar los problemas que los gentiles, antes sin ley y desordenados, tenían al vivir la vida cristiana (Ef. 2:1-3, 11-12). La historia de Jesús no podía convertirse en una más de las "religiones misteriosas" tan comunes en el mundo Mediterráneo; mas bien, debía cambiar ese mundo (Hch. 17:6).

La misma existencia de una comunidad reconciliada y de servicio en medio de las naciones, era ya un servicio. Desafiaba la sabiduría de los poderes que gobernaban el

mundo. ¡La sabiduría de Dios era diferente! Si enemigos acérrimos como judíos y gentiles podían vivir el uno para el otro, ¿qué más comenzaría a cambiar? En Cristo y por medio de la iglesia Dios estaba obrando "para reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz". (Col. 1:20).

Una comunidad donde ricos y pobres, judíos y gentiles, sencillos y cultos se aman y sirven unos a otros, desafió al orden prevaleciente y estableció un ejemplo que pareció peligroso a los poderosos. Su misma existencia demostraba públicamente que la injusticia, la violencia y el prejuicio del orden establecido eran falsos, no daban resultado y estaban por desaparecer. Después de todo, ese no era, ni es el inevitable destino de la humanidad, ni "el estado de las cosas" (vea Col. 2:15).

La dominación violenta es lo opuesto al servicio. Muchos creen que es necesario mantener unido el orden social, aun por la fuerza. ¡Pero Pablo afirma que es Cristo quien mantiene unidas todas las cosas, el mismo Jesús que los llamados poderosos crucificaron! Jesús, junto con su iglesia, había comenzado a transformar el presente orden de cosas (Ef. 1:19-23; Col. 1:17-18).

Aunque es de alcances cósmicos (Rom. 8), la gran obra transformadora de Cristo siempre comienza con actos sencillos, casi mundanos, de hospitalidad, exhortación, misericordia y bendición (Rom.12) y no sólo hacia los compañeros cristianos. Estimen "cada uno a los demás como superiores a él mismo" apremiaba Pablo. "No altivos, sino asociándoos con los humildes ... si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres" (Rom. 12:16-18).

"El pueblo santo de Dios" no es el objeto exclusivo del servicio cristiano; aun los que nos persiguen deben bene-

ficiarse. Cuando el pueblo de Dios es fiel, sencillamente no puede guardarse para sí mismo las bendiciones de Dios.

Temas de Discusión

1. ¿En qué forma tienden los grupos cristianos a volverse "exclusivos"? ¿Cómo son tentados a "disiparse"? Presente algunos ejemplos de ambas tentaciones.

2. Dios llamó a los descendientes de Abraham y Sara tanto a recibir su bendición, como a ser una bendición. ¿Qué significó esto para Isaías y los otros profetas? ¿Para Jesús? ¿Para los primeros cristianos? ¿Qué significa para usted?

3. ¿Puede un cristiano individual servir a su prójimo como Dios quiere sin ser parte de una comunidad cristiana que, como grupo, también sea animada por el espíritu de servicio?

Capítulo 5

ACTUANDO A FAVOR DE OTROS

Cuando el servicio es problema

La comunidad abrahámica es nuestro modelo de servicio; en tal comunidad hay algo innovador, algo que celebrar, algo del amor de Dios. Ese algo se abre a todas las otras comunidades y pueblos. De lo contrario la comunidad abrahámica perdería su razón de ser. Dios la bendice para que se convierta en bendición; le confiere la calidad de pueblo, para beneficio de otros pueblos.

Hemos trazado cuidadosamente la historia bíblica del esfuerzo de Dios por crear las comunidades abrahámicas. Es una historia vívida, con todas las características de un drama. Pero es más que eso; pues dará forma a nuestras propias historias si le permitimos moldear la forma en que visualizamos nuestras vidas, congregaciones y comunidades. Y brindará un marco a los problemas prácticos que enfrentemos tan pronto como nos arremanguemos y comencemos la obra del servicio.

La forma de vida a la que Dios llamó a Abraham, Sara y sus descendientes está en el corazón de las enseñanzas de Jesús. Al principio, eso puede no ser obvio; pero todo lo que Jesús enseñó acerca del amor lo confirma. El camino de Dios, según Jesús, es amar a los demás indiscriminadamente.

Dios "hace llover sobre justos e injustos". Jesús enseñó que para tener el carácter de nuestro Padre Celestial, debemos amar como Dios ama. El ama sin excluir a nadie; por eso nosotros debemos amar al enemigo igual que al

amigo. Y si amamos a enemigos y amigos por igual, entonces indudablemente amaremos a toda la gama de personas que quedan entre esos extremos. Sean o no cristianos, si se unen o no a nuestras iglesias, nuestra vida de servicio debe estar a su disposición (Mat. 5:43-47).

De lo contrario, seguiremos viviendo nuestra forma de vida antigua, cansada y sin inspiración. Los recaudadores de impuestos también "aman" a los de su grupo. Hoy podríamos afirmar que aun los borrachos cuidan de sus amigos borrachos. Si el servicio cristiano implica únicamente "cuidar de los de su misma especie" en la iglesia, nos estaremos quedando cortos. (Mat. 5:46-48).

Es cierto que Pablo nos instruye que "hagamos bien a todos, y *mayormente a los de la familia de la fe"* (Gálatas 6:10, itálicas añadidas). Pero eso es debido a que la comunidad abrahámica debe mostrar, por el ejemplo, que funcionan los cambios que propone para la sociedad.

La ayuda mutua (servicio en una comunidad dada) también puede crear hábitos y mejorar habilidades que pronto pueden estar al servicio de los demás. Este tipo de "desborde" es lo menos que podemos esperar de una comunidad que toma en serio el amor al prójimo. Al fin y al cabo, el segundo gran mandamiento nos enseña a "amar a los demás como a nosotros mismos" (Mat. 22:39; Mar. 12:33, Luc. 10:27; Gál. 5:14; Sant. 2:8).

La frase *como a tí mismo* se aplica tanto a la iglesia como al cristiano individual. La comunidad abrahámica valora, preserva y sirve a otras comunidades "como a sí misma". Celebra lo bueno de otros grupos sociales, tanto como las propias bendiciones recibidas por ellos de Dios. Cualquier proclamación del evangelio o cualquier trabajo de servicio que destruya lo que da vida y lo que es saludable para otras comunidades, traiciona su propia fuente, el amor de Dios.

La regla de oro ha enseñado esto todo el tiempo. Jesús dijo: "Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mat. 7:12; Luc. 6:31). Mucha gente toma estas palabras como un ideal utópico, que se cita con más facilidad de lo que se practica; pero como guía concisa en la relación social de la comunidad abrahámica, es sorprendentemente práctica.

Cuando todo se desintegra

Dios ha escogido trabajar a través de personas, no de ángeles. La estrategia favorita de Dios es trabajar con pueblos con corazón de siervo. Pero sus miembros son tan humanos como aquellos a quienes sirven o con quienes se unen en servicio.

Por lo tanto, no debe sorprendernos que la forma de servicio de Cristo con frecuencia resulte mezclada con otras formas de ayuda que, aunque parezcan similares, en realidad sirven a otros intereses, por ejemplo: el paternalismo, el imperialismo y el triunfalismo. Definiremos estos más adelante.

Cierta clase de evangelismo y de trabajo misionero también pertenecen a esa lista; lo mismo ocurre con la filantropía, las obras benevolentes y la "caridad". El propio estilo de servir de Cristo debe transformar nuestros esfuerzos de servicio, así como obra Cristo para transformar el mundo.

Things Fall Apart (Todo se desintegra), una novela del africano Chinua Achebe, relata como la vida tribal de su aldea se perturbó totalmente con la llegada del hombre blanco.[1] El personaje principal es un anciano y guerrero llamado Okonkwo, cuyo espíritu ruin y mezquino provocó, en parte, su ruina. La injusticia y las profundas divisiones sociales ya atormentaban la cultura tradicional.

Pero finalmente, los esfuerzos de ayuda provenientes del exterior hicieron tanto daño como bien.

A la mitad de la historia aparece el primer misionero blanco. Nwoye, el hijo de Okonkwo era tan sensible al sufrimiento ajeno como su padre era violento. No comprendía la nueva religión. Pero su espíritu poético le llegó hasta el corazón y cautivó su joven alma.[2]

Nwoye eventualmente se unió a la pequeña iglesia ubicada en los confines de la aldea, para desconcierto de su padre. Lo mismo hicieron otros de los miembros más despreciados de la aldea -- aún los proscritos. El novelista Achebe reconoce que el evangelio puede otorgar dignidad y buenas nuevas a los pobres.

Pero desde un principio el misionero blanco trajo algo más que el evangelio. Las noticias que el hombre blanco había establecido una nueva forma de gobierno llegaron a la aldea aun antes que el misionero. Se rumoraba que el hombre blanco había masacrado a otro pueblo porque sus líderes mataron a un misionero. De manera que el servicio del evangelio llegó mezclado con el colonialismo. El poder del imperio europeo respaldaba a ambos.

El misionero, en el primer sermón en la aldea de Okonkwo, también ofreció artículos de consumo. Los pobladores tenían noticias de la existencia de bicicletas, a las que llamaban caballos de hierro. El misionero prometió llevarles muchos caballos de hierro.[3] En pocos años el hombre blanco había establecido una tienda de intercambio y pagaba precios altos por productos que los aldeanos antes no habían valorizdo. Hoy en día llamaríamos a esto desarrollo económico. Pero, ¿cuándo es este "desarrollo" un servicio, y cuando es fatídico?

El misionero procuró conocer la religión del clan. Los ancianos le contaron que ellos creían en un solo Dios Altísimo quien había creado el mundo. Consideraban una

señal de respeto para ese Dios distante pedir a sus ancestros y a dioses menores que intercedieran por ellos.

El misionero llegó a la conclusión que los líderes de la aldea no responderían a sus esfuerzos directos por convertirlos. Por eso intentó otro acercamiento: una escuela y un pequeño hospital. Pronto la "medicina del hombre blanco" convertía a los aldeanos en empleados del gobierno del hombre blanco.[4] Creció el prestigio de los graduados y de los misioneros por igual. También crecieron las iglesias.

Pero el servicio era sólamente un anzuelo para el evangelismo. ¿Seguía siendo entonces servicio? En realidad, ¿era buenas nuevas para la gente este tipo de evangelismo? No sólo las antiguas costumbres de la aldea, sino también el servicio inicial del mensaje del evangelio parecían desintegrarse.

Es probable que algunas cosas tengan que desintegrarse para que puedan ocurrir cambios sociales saludables. La religión y las costumbres del clan mantenían bajo temor a muchos. También excluía totalmente a los proscritos.

Pero muchas costumbres también mantenían unido al clan; por ejemplo, la antigua costumbre para arreglar las disputas por tierras. Okonkwo, con razón, se preguntaba cómo podría el hombre blanco decidir en tales casos sin comprender sus costumbres, ni su lenguaje.

No obstante, los ancianos compañeros de Okonkwo parecían resignarse a su destino. El clan estaba dividido. El hombre blanco se había ganado a muchos de los aldeanos. Los blancos eran un cuchillo que estaba cortando los vínculos de unidad del pueblo.[5]

La ira de Okonkwo, finalmente, lo condujo a tomar venganza y al suicidio. El lector no debe sorprenderse, pues el novelista ha presentado con honestidad el caracter violento del anciano. Además, el fatalismo de los otros ancianos y el poder de los colonizadores extranjeros

habían cercenado los medios constructivos por los cuales el clan hubiera podido conservar su unidad a pesar del cambio.

Queda una interrogante sin respuesta ¿es preciso que tantas cosas se desintegren?

Desenmarañando el servicio mezclado

La novela de Chinua Achebe es una obra de ficción, pero refleja claramente la forma en que el servicio a Cristo puede mezclarse con otras formas de poder, de actitudes e intereses; también muestra como aun esfuerzos de ayuda bien intencionados pueden producir resultados espúreos.

El *Worldwatch Institute* (Instituto de vigilancia mundial), en su reporte sobre *El estado del mundo* para el año 1987, advirtió que "nuestra relación con la tierra y sus sistemas naturales está cambiando, con frecuencia en formas que no comprendemos ..."

El progreso económico puede mejorar temporalmente nuestra calidad de vida. Pero también puede terminar con los recursos naturales y envenenar el medio ambiente para las generaciones futuras. La humanidad está atrapada en un callejón sin salida. "Los esfuerzos por mejorar los niveles de vida están comenzando a amenazar la salud de la economía global." Es urgente que volvamos a definir lo que es el progreso, alerta *Worldwatch*.[6]

Muchas personas que han viajado a otros países para servir como Cristo lo hizo, reconocerán los interrogantes que plantea Achebe y los dilemas que observa Vigilancia Mundial. Aún los que tratan de servir a los necesitados en su propio país, con frecuencia descubren que nuevos e inesperados problemas surgen como resultado de esfuerzos bien intencionados.

Los que reciben la ayuda pueden perder el incentivo de ayudarse a sí mismos. Los líderes comunitarios pueden

usar su nuevo entrenamiento para escapar de la pobreza, dejando de servir a sus vecinos e impidiendo así que la comunidad supere la pobreza. Una comunidad étnica que ha sufrido unida, ahora descubre que ya no puede "actuar como un solo cuerpo".

Espere un momento. Parte del problema es que tenemos la tendencia de definir el servicio sólo como "ayuda"; peor aún, definimos la ayuda como calle de una sola vía.

Esto es *paternalismo*. El paternalismo surge cuando los servidores tratan a los demás condescendientemente, como padres a sus hijos. Pretendemos conocer todas las soluciones. Actuamos como si fuéramos los únicos que podemos resolver los problemas. Entonces "resolvemos" los problemas haciendo algo *para*, en vez de hacerlo *con* otros. Al actuar así, usualmente creamos nuevos problemas.

El *imperialismo* es la forma de paternalismo que ocurre con más frecuencia en el ámbito secular. Sucede cuando un grupo no sólo cree que tiene todas las soluciones, sino que usa su poder o fuerza política, cultural, militar o económica para forzar estas soluciones sobre otros. El grupo puede decir, y aun creer, que su objetivo es ayudar a otros; pero su verdadera motivación es edificar su propio imperio, sea éste grande o pequeño.

El *triunfalismo* es la forma de paternalismo que ocurre con más frecuencia en el ámbito religioso. Surge cuando una iglesia está tan segura que su causa triunfará que actúa como si sólo ella poseyera la verdad. Posiblemente sólo utilice el poder de persuasión, que está bien; pero trata de cambiar a los demás sin permitir que los demás la cambien en ninguna forma.

La iglesia triunfalista es particularmente peligrosa cuando es apoyada por el poder imperial secular. Eso es lo que sucedió en la época colonial y aún sucede cuando

los cristianos mezclan su servicio con la causa de su sistema político o económico favorito.

Reconsiderando la regla de oro

Una lectura simple de la regla de oro puede realmente contribuír a formas paternalistas de servicio. Cuando estoy hambriento, saco comida del refrigerador. Por lo tanto, deduzco que eso es lo que tú necesitas. Te daré comida; eso resolverá tu problema. Pero, ¿y qué del mañana? ¡Ah, si! se me olvidada el refrigerador. ¿No tienes electricidad?, no te preocupes, conozco una agencia que puede instalártela.

Estoy de acuerdo, eso fue *demasiado* sencillo. Obviamente se requiere mucho más que un refrigerador lleno de comida para alimentar a una familia con hambre. La familia habrá consumido toda la comida en una semana; en un mes, un año, o una década, el donante se irá. Y mientras, muchas otras familias pueden estar pasando hambre.

Pero el refrigerador es un símbolo de que el sistema alimenticio de otra cultura puede ser muy diferente al nuestro. Los foráneos que quieren ayudar, deben aprender primero a hacer las cosas de diferente manera, si es que quieren "hacer a los demás" como Jesús quiere que hagamos.

Muchas personas en el mundo encuentran más seguridad en poseer una parcela de tierra que un refrigerador. Los empleos que necesitarían para comprar y aprovisionar el refrigerador pueden ir y venir; pero la tierra permanecerá. ¿Qué sucederá si sobreviene una sequía? Recurren a familiares y amigos. Esa es la razón por la que los clanes y aldeas deben permanecer unidos. Las sociedades tradicionales tienen redes invisibles de asistencia para ayudar a sobrevirivir en tiempos difíciles a sus miembros más vulnerables.

Los mercados, la tierra, las fuentes de agua y los bosques son también parte de todo el sistema alimenticio; pero la clase de ayuda equivocada puede rebajar los precios de los alimentos producidos localmente y hacer quebrar a los agricultores. Los fertilizantes importados pueden incrementar la produccion por algún tiempo, pero envenenar el pozo de agua de la aldea. Los proyectos de desarrollo a gran escala pueden dañar el equilibrio ecológico, alterar los patrones climatológicos y provocar erosión.

Al principio esto tal vez no sea obvio para el extranjero. Es verdad que puede tener valiosas habilidades e ideas que ofrecer. Nuevas prácticas agrícolas pueden en realidad mejorar el suelo y detener la erosión. Los agricultores sin tierra pueden necesitar ayuda legal, apoyo moral, respaldo político o habilidades organizativas para obtener tierra; pero debe trabajarse junto con los miembros de la comunidad. Quien quiera servir, necesita servir por escuchar antes de servir por ayudar. De lo contrario, puede hacer pedazos las ligas invisibles.

En todo caso, hay otras formas simplistas de entender la regla de oro. Como a mí me gustan mis pantalones de lona azul, el jazz y las quesoburgesas, asumo que mi cultura será de beneficio para usted y para sus hijos. Como yo doy gran valor a la libertad personal de poder vivir donde y como quiera, asumo que la forma de democracia de mi país es la mejor para usted.

Yo adoro a Dios de cierta forma, así que asumo que es la mejor forma para que usted adore a Dios. Pero si mi pueblo, mi cultura y yo mismo destruyo la identidad de su comunidad, cultura o cohesión, le habré prestado un gran *des*-servicio en nombre del servicio.

Podemos hacer el bien de mejor forma. Los seres humanos no viven sólo de pan, también viven de la solidaridad, las conexiones sociales, de reglas culturales.

Los promotores de desarrollo aprenden pronto que ninguna solución duradera es posibles sin la cooperación y organización de la comunidad. El amor de Cristo nos mueve a dar de comer a los hambrientos, pero también debe movernos a cuidarlos.

¿Honestamente queremos hacer a otros como quisiéramos que los otros hicieran con nosotros? Entonces debemos vivir como siervos de estos valores de los demás.

Lo viable de la regla de oro se manifiesta cuando la convertimos en preguntas, una y otra vez: ¿Querríamos verdaderamente que alguien resolviera nuestros problemas? ¿Me gustaría que ignoraran mis ideas? ¿Cuánto podría lograr si pierdo mi autoestima? ¿Qué clase de apoyo comunitario necesitaría si tuviera que arriesgarme a cambiar la manera en que produzco, cultivo, o educo a mis hijos? ¿Qué recursos están ya presentes en la comunidad para resolver sus problemas? ¿Quiénes son los ancianos sabios que recuerdan cómo se araba la tierra o resolvían las disputas?

¿Algo de lo que proponemos podría socavar las relaciones dentro de la comunidad? ¿Hay algo que pudiera minar las relaciones comunitarias con la creación natural? ¿Podríamos hallar respuesta a estas preguntas en nuestra sociedad? De lo contrario, ¿podrían otros tener confianza en nuestro consejo?

Si no conocemos las respuestas, ¡entonces es mejor que preguntemos! Si no conocemos suficientemente bien a la gente como para recibir respuestas francas, entonces es mejor que vivamos cerca de ellos más tiempo para ganar su confianza. Y si ellos tampoco tienen las respuestas, entonces es mejor esperar y trabajar juntos por tiempo suficiente hasta que emerga una sabiduría común.

Ahora descubrimos que nosotros también estamos en necesidad. Necesitamos la sabiduría de otros para poder-

les servir. Lo más seguro es que también necesitemos el servicio de sus ejemplos, de su fe y hospitalidad para resolver los problemas de nuestra propia cultura y ordenar todos nuestros enredos.

Mientras tanto, hemos descubierto un indicio seguro: Nos necesitamos unos a otros. Somos interdependientes. El verdadero servicio es mutuo. Es una calle de dos vías. Sólo cuando nos capacitamos unos a otros, podremos servir a la manera de Cristo. Los cambios verdaderos requieren de la participación de todos. Las soluciones que vienen de arriba para abajo crearán nuevos problemas. No hay lugar para el paternalismo; no servirá de nada.

Dichos y hechos: un solo servicio

Precisamente porque la iglesia cristiana tiene en alta estima a su propia comunidad, también debe estimar a las otras comunidades. Tal como la comunidad abrahámica celebra la bendición de Dios que le da vida, también atesora el bien que da vida a otros pueblos. Al servir, ésta es la regla de oro de los hijos de Abraham.

Pero, ¿qué ocurre con la religión de otros pueblos? Nuestra fe cristiana brinda significado y estructura a nuestras vidas. Es probable que no recibamos con beneplácito cualquier esfuerzo por convertirnos a la fe de otras personas; de la misma forma, otros pueden no recibir con beneplácito el que tratemos de convertirlos a nuestra fe.

Si vivimos en las pluralísticas y modernas sociedades de Norte América y Europa, tales esfuerzos pueden ser sólo una molestia. Estamos acostumbrados a un "mercado de ideas." Pero en las culturas más tradicionales, con frecuencia las creencias religiosas son un aglutinante que mantiene unida a la comunidad. El servicio a la comunidad pareciera entrar en conflicto con la proclamación de

un sistema de creencias que puede terminar destruyendo la vida normal de la comunidad.

¿Aplicamos también aquí la regla de oro? ¿Tratar a otros como nosotros quisiéramos ser tratados, incluye no compartir a Jesucristo? Esta interrogante se presenta con frecuencia como el problema de cómo "integrar dichos y hechos".

Algunos cristianos enfatizan la necesidad de comunicar a Jesucristo por medio de palabras; su don consiste en presentar a otros a Cristo, explicándoles quién es El con palabras e imágenes que sus interlocutores entienden bien. Luego guían a los nuevos creyentes en los primeros pasos de la vida cristiana, reuniéndolos en nuevas congregaciones o recibiéndolos en congregaciones ya establecidas. A estas actividades con frecuencia se les da el nombre de evangelismo, establecer iglesias, o sencillamente *misiones*.

Otros cristianos enfatizan la necesidad de comunicar a Jesús a través de sus obras; su don consiste en expresar el amor de Dios en acciones que sanan las heridas del mundo y demuestran el carácter de Cristo. Enderezan las injusticias, capacitan a los pobres, logran la paz en situaciones de conflicto. Estas actividades con frecuencia reciben el nombre de ayuda, desarrollo, ministerio diaconal, o sencillamente *servicio*.

Los cristianos dedicados a las "misiones" tienden a preocuparse de sus colegas que realizan servicio ministerial. Se preguntan cuándo es que los promotores de desarrollo comenzarán a apremiar a la gente con quienes trabajan para que confíen en Cristo. Temen que los activistas sociales soslayen las raíces espirituales de los problemas sociales. Enfatizan que Jesús es la única respuesta para los dilemas de la humanidad.

Mientras tanto, los cristianos dedicados al "servicio" se preocupan por sus colegas misioneros. Advierten que si

mezclamos el evangelismo con los proyectos sociales podemos comprometer el amor que el servicio expresa. Se quejan que al establecer iglesias la comunidad con frecuencia se divide, y se obstaculiza su proceso organizativo. Enfatizan que Dios está presente y activo en toda la historia humana.

De manera que, dicho y hecho no siempre están unidos. Por el contrario, algunas veces entran en tensión. Tal vez sea provechoso.

¿Recuerdan lo que dijimos en el capítulo anterior? "La senda de la fidelidad se encuentra entre dos tentaciones gemelas: la *disipación* y la *exclusión*". Los siervos cristianos anhelan que se formen nuevos núcleos de discípulos cristianos *y* que todas las comunidades y culturas alcancen su plenitud.

Los cristianos que sienten la tensión serán siervos, sea cual fuere su don y ministerio principal. Si trabajan en lo que usualmente llamamos "misión", lo harán con profunda reverencia por las comunidades que los acogen. Se emocionarán por la oportunidad de conocer a Cristo bajo nuevos aspectos. El misionero en *Things Fall Apart* (Todo se desintegra) no se percató de esa oportunidad y la desperdició. El distante Dios Altísimo de quien hablaban los ancianos, se había acercado al clan en Jesús. Pero ellos eran incapaces de reconocer a Cristo en esta forma, si el misionero tampoco lo reconocía.

Mientras tanto, los cristianos que realizan actividades de "servicio" saben que su inversión más importante radica en un núcleo de personas que seguirá sirviendo aun después que ellos se retiren. Este núcleo representa a la minoría abrahámica dentro de una comunidad más grande; es la clave para que el cambio continúe. La clave de su durabilidad es un centro de fe y reflexión bíblica.

Si somos sensibles a las necesidades locales, permitiremos que Dios cree comunidades de formas nuevas y sorprendentes. Un grupo podría parecer una iglesia, o bien una organización comunal. Pero cualquiera que sea la forma que adopte, será más saludable como grupo y más efectivo dentro de la sociedad, si tiene el caracter "abrahámico", es decir, si cuenta con un centro espiritual fuerte y una actitud de interés creativo hacia la comunidad.

Siempre debemos albergar la esperanza de revelar a Cristo como la expresión plena de Dios. Pues confiamos que "todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:17). Creemos que El es el único camino para conocer a Dios (Jn. 14:6). Pero sólo podemos revelar a Cristo cuando en verdad buscamos el bien de los demás. Dios sabe que revelamos muy poco de Cristo cuando creemos que nuestra cultura o religión son superiores.

Los problemas tanto con los ministerios de "palabra" (dicho) como con los de "obras" (hecho) surgen cuando buscamos realizarlos en alguna otra forma, y respaldarlos con otro poder, que el de servir a la manera de Cristo. La mejor misión ocurre cuando el misionero busca descubrir de nuevo a Cristo en la cultura en donde quiere trabajar. El mejor servicio social ocurre cuando el organizador comunitario, el activista social, o el promotor de desarrollo ayuda a la gente a encontrar sus propias soluciones.

Busque profundamente en cualquiera de las dos formas de servicio y descubrirá que ambas coinciden cuando se llega al meollo del asunto.

Temas de Discusión

1. Defina en sus propias palabras lo que significa ser una "comunidad abrahámica". Sugiera ejemplos.

2. Compare Mateo 5:46-47 y Gálatas 6:10. ¿Se contradicen? Explique.

3. ¿Ha sido usted testigo de como servicios cristocéntricos se mezclan con otras formas de "ayuda"? Presente ejemplos. ¿Son algunos de sus ejemplos casos de "paternalismo", "imperialismo cultural", o "triunfalismo religioso"? (Consulte la página 75 o busque en el glosário de este libro.)

4. Cuando usted considera el servicio como una calle de dos vías: dar *y* recibir, ayudar *y* aprender, ¿cambia esto su comprensión del servicio? Explique.

5. ¿Cómo cree usted que los cristianos debieran "integrar dichos y hechos"?

Capítulo 6

MINORIAS ABRABÁMICAS, ¡UNÍOS!

Modelos de servicio para hoy

Dios comenzó algo con Abraham. La iglesia participa de ello, por medio de Jesús. Y otros a veces participan, se percaten o no de ello.

¿Y qué es ese algo? Es la forma en que Dios trabaja para lograr cambios. Es un cambio que se inicia dentro de nosotros (quienquiera que seamos). Es vivir en comunidades de servicio para otros, no sólo para nosotros mismos. Es una comunidad que da forma a los cambios por los que lucha el mundo.

Vea a su alrededor. En cualquier lugar del mundo donde ocurren cambios buenos, usted encontrará un núcleo de personas en el centro. Están comprometidos, tienen esperanza y actúan. Inspiran esperanza a los demás. Han creído, como Abraham, que un cambio puede ocurrir, a pesar de todas las apariencias adversas y actúan basados en lo que creen, sin esperar que otros lo hagan primero.

Estos grupos al principio son pequeñas minorías, pero no se desaniman ante la oposición. Toman la iniciativa, aún pagando un alto precio personal y demuestran que los cambios que proponen son posibles. Su ejemplo inspira a más y más gente.

Observe. Grupos muy pequeños de disidentes en Europa central lucharon por el respeto de los derechos humanos, hasta que el comunismo se desmoronó. En América Latina y partes de Asia, comunidades cristianas han demostrado que los pobres pueden recuperar su

dignidad y trabajar por la justicia. En Norteamérica, cuando el gobierno ignora a las personas sin vivienda, a los hambrientos, a los que son abusados o el medio ambiente mismo, surgen organizaciones voluntarias para luchar para que ocurra un cambio.

Dom Hélder Câmara, un ex-obispo católico romano en Brasil, me ha ayudado a comprender cuán importantes son estos grupos para el logro de cambios sociales sin violencia. En cierta ocasión, Dom Hélder dijo: "En el seno de todas las razas, de todas las religiones, de todos los países, de todos los grupos humanos", hay agentes de cambio que el Espíritu de Dios está levantando.

Con frecuencia estos grupos "ya existen, no es necesario crearlos." Dom Hélder llama a estos grupos "minorías abrahámicas," pues a semejanza de Abraham, "esperan contra toda esperanza y se deciden a obrar, hasta con sacrificio, por un mundo más justo y más humano."[1]

Dom Hélder predicaba con frecuencia: "Minorías abrahámicas ¡únanse!", conserven su identidad, su nombre y aun las distintas fuentes de su esperanza, apremiaba. Formen una gran alianza al trabajar en los problemas e injusticias locales, desarrollando al mismo tiempo, una perspectiva mundial.

Luego, daba los pasos a seguir: 1) Comience donde usted se encuentre. 2) Conozca la dimensión mundial de los asuntos locales. 3) Luego teja redes de interés común.[2]

Por supuesto, no todas las causas son de tanto valor como parecen al principio. Cuando nosotros los cristianos trabajamos con otras personas y grupos, hallaremos que tenemos algunos valores en común, y que otros valores entran en conflicto. Dios, a veces, nos llama a criticar, como los profetas y a veces nos llama a dar aliento, como los pastores; ambas acciones prestan un servicio. Nece-

sitamos la ayuda del Espíritu Santo para discernir qué es lo que se necesita, y cuándo se necesita.

Si hemos de ser el pueblo de Abraham y de Sara, éste es el camino. Cristo nos ha dado una vida que sólo ganamos al perderla. Nuestra identidad como pueblo-para-todos-los-pueblos, es algo que perdemos tan pronto como la queremos conservar para nosotros mismos. La regla de oro nos invita a recibir con beneplácito las iniciativas que tomen otras "minorías abrahámicas."

Así que sin menoscabo de nuestra identidad en Cristo, unámonos con otras personas o grupos de buena voluntad que busquen en verdad servir a su prójimo. Recuerden: El buen samaritano fue esa clase de persona.

Comenzando: tres preguntas y tres relatos

El modelo abrahámico de cambio social tiene una ventaja práctica, siempre puede comenzarse en el lugar donde usted se encuentra. Los dos recursos más importantes para el servicio ya están disponibles en su congregación o grupo de estudio bíblico: El Espíritu de Cristo, y las personas. Más adelante, el dinero y los bienes materiales pueden ser de utilidad (¡o tal vez de perjuicio!). Usted tal vez necesite más información, pero encontrarla dependerá mayormente de su propia persistencia. Así que estos recursos no son la clave, sino el organizarse juntos en esperanza.

Siempre podemos comenzar donde estamos, por lo tanto no he tenido que buscar mucho para encontrar historias de servicio. La primera historia proviene de una congregación donde fui miembro; la segunda de una amiga cercana a la familia. El tercer relato es de un país que nunca he visitado, pero involucra a una organización con la que sí he trabajado.

¿Dónde comenzamos?

La Iglesia Menonita del Este de Goshen ha disfrutado de un rico compañerismo; también ha sufrido el dolor de la división. La congregación comenzó como un esfuerzo por alcanzar a un sector del pueblo de recursos económicos bajos. Pocos de los miembros viven en la vecindad; la mayoría llega a la iglesia de afuera.

Visiones distintas de cómo servir al vecindario, resultaron en tensión y conflicto. Los esfuerzos por aprobar un programa congregacional, se estancaban en comités y las sesiones de trabajo terminaban en resentimiento.

La iglesia últimamente ha adoptado una política diferente. El co-pastor, David Miller, me explicó: si alguien se siente llamado a responder a una necesidad, lo expone ante toda la congregación. Entonces, si otros comparten la misma preocupación y desean formar un grupo, la iglesia lo considera como una decisión hecha. El servicio no depende de un comité, está en manos de los que están dispuestos a hacerse responsables.

El nuevo grupo puede contar con el apoyo de la congregación, si se ciñe a las siguientes normas sencillas: No esperar recibir dinero del presupuesto de la iglesia, no planificar proyectos que requieran de la ayuda de otros miembros que no comparten su visión y no olvidarse quiénes son en Cristo.

Ya han surgido nuevos ministerios. Un grupo ministra a personas que se están rehabilitando de la adicción al alcohol y a las drogas, otro a las personas con desórdenes alimenticios, un tercer grupo a los padres separados de sus hijos adultos y un cuarto grupo atiende a las víctimas de abuso sexual.

La nueva política de servicio ha obtenido resultados nuevos y sorprendentes. Los cuatro grupos comenzaron como un medio para suplir necesidades de la misma

congregación. Pero pronto se abrieron a toda la comunidad. Ministraron a necesidades profundamente sentidas por sus miembros y la voz se corrió. Amigos refirieron al grupo a personas con necesidades similares; así que sin salir a evangelizar, los grupos lo han hecho, sin apuntar su servicio a vecindarios específicos, la iglesia se ha involucrado con los pobres cada vez más.

Mientras tanto, "el más herido de entre nosotros, se ha convertido en nuestro ministro y sanador". En el pasado, muchos esfuerzos por servir al prójimo fracasaban por que los miembros de la iglesia comenzaban desde una posición de poder. Eran cristianos de clase media tratando de ayudar a los desposeídos.

Ahora, sin embargo, los miembros de la iglesia están comenzando desde el punto de la debilidad que comparten con otros. La solidaridad surge en forma más natural; es menos probable el paternalismo.

La congregación, por supuesto, no cuida sólo de sí misma, ni sólo del área local; cuatro parejas hacen trabajo misionero y laboran en programas de servicio en Centroamérica. Un grupo de solidaridad recientemente se formó para trabajar por la paz y la justicia en esa atribulada región.

Un domingo al mes, un grupo comparte un almuerzo de arroz y frijoles. Analizan las noticias de acontecimientos diarios y evalúan cómo están respondiendo en fe a esas noticias. Alguien trae papel para escribir y se aparta un tiempo para escribir a los funcionarios gubernamentales -y para orar.

Estos ministerios de la iglesia son nuevos y pequeños. Uno ha sufrido contratiempos y puede ser que no continúe, pero la libertad para fracasar da lugar a la libertad para soñar. Y aún esfuerzos pequeños constituyen una invitación de Dios para hacer aún más.

Los escuché y me dio esperanza. Recordé la compasión del samaritano y estos núcleos de cristianos enfocados hacia afuera, me recordaron a Abraham. Están transformando a la congregación; ahora tiene más libertad para convertirse en una comunidad abrahámica que ayudará a transformar a la comunidad más grande que los rodea.

¿Cómo podemos unirnos con otros?

Los programas de servicio voluntario ofrecen oportunidades para que algunas personas comiencen; debemos considerarlos como *una* forma de servir. Dios llama a todos los cristianos a una vida de servicio. El busca que la iglesia se convierta en un pueblo que sirva al mundo a través de su misma presencia. Si confundimos los programas de servicio con el servicio mismo, podemos olvidarnos de esto y podemos pensar que prestar un servicio voluntario por algunos años o algunas horas a la semana nos da derecho de vivir como nos plazca por el resto de nuestras vidas.

Pero mientras no perdamos de vista nuestra más amplia visión de lo que es el servicio, los programas de servicio voluntario pueden jugar un rol importante: Entrenan a los cristianos para vocaciones de servicio que duran toda la vida, vinculan a personas de diferentes culturas, clases y continentes, nos permiten vivir en estrecha relación con personas que, de otra forma, jamás conoceríamos y, a su vez, esas personas pueden enseñarnos mucho acerca del servicio.

Ingrid Schultz ha vivido, trabajado y adorado en comunidades de aldeanos en Bolivia, país sudamericano durante siete años. Un programa de servicio voluntario la llevó allí; pero sus vecinos bolivianos le han enseñado que tales programas constituyen solamente una forma de servir.

Ingrid aún se asombra de la generosidad de "un pueblo que no dispone de mucho tiempo para descansar". Las mujeres tienen que lavar y recolectar leña, pero si llega un visitante, preparan una bebida de frutas. Los hombres deben caminar largas distancias para llegar a sus campos de labranza, que trabajan a mano, pero si algún vecino está limpiando su patio de maleza, alguien se detiene para ayudar. Es más, una vez que toda la comunidad ha discutido un proyecto para una escuela, un pozo o un camino, puede contarse con ayuda abundante.

Los bolivianos tienen formas de servir que se remontan a muchos siglos de historia. Una de ellas se llama la *minka*: Cuando llega el tiempo para que una familia coseche sus campos, todos los demás le ayudan. "El único requisito," explica Ingrid, "es que el beneficiado proporcione alimento para todos los que le ayudan y que esté dispuesto a ayudar cuando los demás van a cosechar".

Cuando un hombre de su iglesia se enfermó durante la cosecha, los miembros de la iglesia y otros cosecharon su arroz. "La iglesia sencillamente asumió que todos se reunirían y tendrían un día de trabajo." Eso siempre fue parte de su cultura. Ahora, como cristianos, lo practican como una forma de vida y de responder ante las necesidades mutuas.

Parte del trabajo de Ingrid consistía en coordinar el trabajo de otros voluntarios extranjeros que vivían en la región en la que vivía. Si una comunidad requería ayuda de algún voluntario, usualmente le brindaba vivienda. Una vez, sin embargo, la agencia de desarrollo con la que Ingrid trabajaba intentó desarrollar un proyecto al estilo norteamericano; contra los deseos de Ingrid, pagaron a un albañil para que le construyera una casa, que literalmente se desplomó.

Un problema fue que al pagar por el trabajo, creó celos. Y al llegar la estación lluviosa, la casa se desplomó. El albañil había trabajado sólo por su salario, no por el bien de la comunidad. Hizo mal su trabajo; ahora Ingrid tenía que convencer a la comunidad para que reconstruyera la vivienda.

Se realizó una sesión comunal en que hubieron muchas quejas; algunos querían saber quién obtendría el trabajo (y los salarios) en esa oportunidad.

Un hombre se puso de pie y preguntó: "¿Para qué estamos aquí? ¿Queremos sacar provecho de esto? ¿Estamos en el negocio de la construcción o estamos trayendo a este voluntario para que mejore nuestra comunidad? ¿Por qué no nos juntamos todos el sábado? ¡Levantemos las casas, y hagámoslo a nuestra manera!"

La comunidad usaría sus propios métodos de construcción, y tendría una *minka*. "¡Buena idea!" respondió Ingrid. "Todos los voluntarios de la región también vendremos a ayudar. Traeremos la comida, pues cuando la *minka* es para una persona, eso es lo que se hace".

Fue un día maravilloso: Las mujeres cocinaron y los hombres prepararon el barro, cortaron palos y los tiraron con caballos y una carreta.

"Yo creo que la *minka* realmente nos unió a la comunidad", recuerda Ingrid. Los nuevos voluntarios habían vivido allí por varios meses, pero no habían podido conocer a sus vecinos. Esta ocasión les brindó esa oportunidad. Nos divertimos mucho. Verdaderamente prevaleció un buen espíritu y todos trabajamos juntos".

Ingrid regresó a Norteamérica, pero trata de mantener las normas de generosidad, cooperación y servicio que aprendió de los bolivianos. "Ellos han sido mis maestros", dice. "Cada vez que he decidido imitarlos, he podido regocijarme".

Pero, ¿hará esto una diferencia?[3]

Un orfanatorio no parecería el lugar indicado para comenzar a cambiar a una nación oprimida por una dictadura militar y llevarla a la democracia. Quince personas tampoco parecerían ser suficientemente fuertes. Pero la estrategia abrahámica para lograr un cambio social, funcionó.

Con frecuencia su poder no es visible, como la levadura en la masa o como una semilla de mostaza que empieza a echar raíz (Mateo 13:31-33). Algunas veces su poder se desata a través de lo que parece una derrota, como en la cruz, pero a veces brota de manera que todos lo ven. Esto sucedió en la nación sudamericana de Uruguay a principios de la década de 1980.

El país tenía una larga tradición democrática, pero en 1973 los militares tomaron el poder. Suspendieron veintiocho revistas y periódicos y censuraron a todos los que quedaron. La policía vigilaba a todos los ciudadanos. Secretamente asignaron un código, A, B o C a cada ciudadano, dependiendo de la oposición que pudiera presentar al régimen. En los siguientes diez años arrestaron a uno de cada cincuenta uruguayos; torturaron a muchos y 150 desaparecieron.

Se convirtió en una cultura de terror. Nadie hablaba abiertamente. Organizarse para lograr un cambio parecía imposible. Eso era exactamente lo que querían los militares; así podían controlar todo desde arriba y los pobres no protestarían.

La situación era distinta en La Huella, una pequeña comunidad de huérfanos ubicada cerca de la capital. El padre Luis Pérez Aguirre, sacerdote católico, la había fundado para atender a niños abandonados. Allí todos se trataban de manera diferente; los débiles, no los fuertes, eran los más importantes. Los miembros de la comunidad

compartían todo lo que tenían. Los jóvenes aprendían a trabajar con sus manos y a pensar por sí mismos. Trabajaban en donde eran más hábiles, no en lo que se les ordenaba desde arriba.

Los voluntarios de clase media que prestaban ayuda, descubrieron que su compromiso a Cristo y a los pobres se profundizaba. Los miembros de la comunidad y los voluntarios tomaron la decisión de trabajar por la justicia de forma no violenta y conversaron sobre como hacerlo. En 1981 decidieron formar un grupo que abogara por los derechos humanos. Publicaron un boletín en donde exponían las violaciones a los derechos humanos realizadas por los militares.

Fue una decisión muy peligrosa. Uruguay no tenía ninguna otra organización que luchara por los derechos humanos. Los amigos que apoyaban la organización esperaban que el gobierno los destruiría. El grupo buscó apoyo y protección adhiriéndose a una organización latinoamericana que aboga por el cambio no violento, llamada Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ). El coordinador internacional de SERPAJ había ganado el Premio Nobel de la Paz en 1980.

SERPAJ-Uruguay sólo tuvo unos quince miembros por varios años. Algunos, incluyendo al padre Aguirre, fueron encarcelados. También fueron torturados; pero su coraje y valor sirvieron de inspiración para que otros grupos se formaran o reasumieran actividades.

SERPAJ comenzó a servir alimentos a los pobres. Trabajó con las familias a las que el gobierno había confiscado sus casas. Exhortó a los sindicatos y partidos políticos a volver a la vida y trabajar unidos por la democracia. Ayudó a las familias a encontrar y a defender a sus seres queridos que estaban encarcelados.

Mientras tanto, la presión internacional sobre los gobernantes militares aumentó. Salieron a luz abusos contra los derechos humanos. En 1982, el gobierno acordó negociar con grupos de oposición. Declaró que deseaba que el país volviera a tener un gobierno democrático, pero la represión continuaba.

Las autoridades arrestaron y torturaron un grupo de jóvenes en junio de 1983. Por primera vez, sus familias firmaron con sus nombres una carta de protesta que publicó SERPAJ. Los periódicos en Uruguay, a su vez, hicieron un reportaje acerca de las acusaciones de estas familias; eso también era una novedad.

El gobierno reaccionó con violencia: Cesó de negociar con la oposición y prohibió toda actividad política.

Los miembros de SERPAJ no sabían qué hacer. La protesta pública era muy peligrosa. Finalmente planificaron un ayuno. El padre Aguirre, otro sacerdote y un ministro metodista ayunarían y orarían por dos semanas. Convocaron a sus conciudadanos a que se les unieran en reflexión nacional durante la última hora de su ayuno; pidieron que todos los uruguayos apagaran sus luces durante esa hora en señal de protesta silenciosa.

SERPAJ sólo dependía de la transmisión de boca a boca para dar a conocer sus planes; pero la noticia se difundió rápidamente. Un periódico trató de informar acerca del ayuno, pero el gobierno censuró el artículo. El periódico salió a luz faltándole media página. Todos se preguntaban por qué y la palabra se difundió aún más rápido.

Cuando se inició el ayuno, cientos de uruguayos se reunían dos veces al día para apoyarlos en vigilia silenciosa. La policía rodeó el edificio de las oficinas de SERPAJ, para tratar de terminar con el ayuno. Cortaron el agua y la electricidad y arrestaron a la gente que acudía a las

vigilias. Pero los que protestaban seguían viniendo a pararse en silencio.

El 31 de agosto de 1983 a las siete de la noche, toda la ciudad se oscureció; era la última tarde del ayuno. ¡El pueblo había respondido! El silencio era imponente. Casi todos estaban en casa reflexionando sobre tres preguntas que SERPAJ había formulado: "¿Qué he hecho por mi país? ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Qué puedo hacer por mis conciudadanos?"

A las 8:00 de la noche, se dio un gran alboroto; provenía de todas las casas que estaban en oscuridad en toda la ciudad. La gente golpeaba ollas y sartenes por todas partes. Los carros policía se conducían por todas partes llenos de frustración, pues no sabían qué hacer.

El pequeño grupo de SERPAJ y su ayuno había cambiado el curso de la historia. Esto no significaba que hubieran cambiado la mente de los gobernantes militares. Al finalizar la semana siguiente, la policía irrumpió en sus oficinas y declaró ilegal al grupo.

Pero durante los meses siguientes, emergió un movimiento masivo cuyo propósito era terminar con el gobierno militar. Pronto 400,000 personas estaban en las calles. El gobierno volvió a abrir las negociaciones con sus opositores en 1984. Los uruguayos finalmente votaron otra vez en elecciones nacionales en el mes de noviembre.

Los miembros de SERPAJ dicen que las elecciones por sí mismas no significan democracia. Dicen que Uruguay debe volver a edificar la cultura de la democracia y el respeto por los derechos humanos. Insisten que los derechos humanos incluyen empleo, techo, salud, libertad de palabra y un sistema legal justo.

El grupo ha seguido documentando los abusos ocurridos entre 1973 y 1985 para que los ciudadanos jamás vuelvan a permitir que el país regrese a vivir bajo un

gobierno militar. Ha trabajado con un grupo de maestros de secundaria para que elaboren un plan de estudios que incluya educación sobre los derechos humanos. Realizan talleres en los vecindarios, hospitales y sindicatos para ayudar a la gente a encontrar nuevas formas de incluir a todos en las decisiones de grupo.

El papel de SERPAJ ha cambiado. Ahora es tarea de todos trabajar por una sociedad justa donde todos participen y donde se respeten los derechos ajenos. Esto siempre ha sido la tarea de todos; pero ahora es más claro debido a que una pequeña comunidad abrahámica estuvo dispuesta a arriesgarse por el bien de todos.

Desde muchos principios pequeños

Dios está llamándonos a descubrir una nueva clase de servicio. No es el servicio confuso del paternalismo, es el *jubileo*. Esto significa compartir los recursos de manera justa y bíblica, significa capacitar a otros. En este jubileo, siempre habrá un lugar para los cristianos compasivos del Norte, quienes poseen habilidad, conocimiento técnico y recursos económicos. Ellos tienen mucho que dar, pero también tienen mucho que aprender de las iglesias del Sur; tal vez aprenderán más de lo que darán.

El mundo entero necesita de un jubileo. Moisés enseñó a los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, a convocar a un jubileo cada cuarenta y nueve años hace mucho tiempo atrás. Era un año para cancelar deudas y dar libertad a los esclavos, para asegurar que todos tuvieran suficiente tierra para suplir sus necesidades, para restituír, y para acordarse de compartir siempre (Lev. 25 y Deut. 15).

Las cosas en nuestro mundo están cambiando rápidamente. Los superpoderes del Este y del Oeste cada vez están más cerca. Los viejos enemigos están zanjando sus diferencias. Las viejas ideologías se están desgastando.

La gente está cruzando fronteras que una vez estaban divididas por altos muros para compartir nuevas ideas y esperanzas.

Pero otras cosas no están cambiando, sino empeorando. La brecha entre Norte y Sur sigue abierta. Los países más ricos del Este y del Oeste presentan otro peligro al acercarse: Los líderes de las naciones más ricas, en su entusiasmo por los cambios positivos que están ocurriendo en el Norte, pueden ignorar a los países más pobres del Sur. Y tal vez no les agrade que se les recuerde que está creciendo el número de los pobres y de personas sin vivienda en sus propios países.

¿Cómo sería un jubileo mundial? ¿Realmente podríamos esperar que los que "tienen" se relacionen con los que "no tienen" en formas menos egoístas?

No lo se; pero jamás esperé ver durante mi vida el derrumbe del Muro de Berlín. Y he aprendido en el libro de Jonás que aun los profetas de Dios no se atreven a decir que es demasiado tarde; Dios está lleno de sorpresas.

Yo estoy convencido que este jubileo debe surgir de muchos esfuerzos pequeños. Los imperios han tratado de imponer su voluntad a lo largo de la historia, pero su poder jamás les aseguró el éxito. Los imperios van y vienen, pero las comunidades abrahámicas aparecen en todo tiempo y sociedad. No hay un sistema particular que pueda resolver los problemas de todas las culturas; aún los líderes mundiales tienen que confiar en la gente local para encontrar soluciones locales. Un cambio real debe comenzar entre las minorías abrahámicas.

Los pueblos de Abraham, de Isaías y de Jesús son las comunidades abrahámicas originales y tienen un papel especial que jugar. A lo largo de la historia el Espíritu de Dios ha empujado a los cristianos a aprender nuevas

formas de relacionarse cruzando fronteras, clases económicas, grupos étnicos y razas. Dondequiera que la iglesia reciba con beneplácito este desafío de Dios, comienza un jubileo, se acerca el reino de Dios, y podemos mantener viva la esperanza de una creación totalmente nueva.

Temas de Discusión

1. ¿Existen "comunidades abrahámicas" fuera de la iglesia y de la comunidad judía? ¿Cómo deben relacionarse los cristianos con estas comunidades? Dé ejemplos.

2. ¿Dónde y cómo puede usted y su comunidad cristiana comenzar a servir a otros? ¿Qué pueden aprender de la Iglesia Menonita del Este de Goshen?

3. ¿Cómo puede unirse con otros vecinos, grupos o movimientos cuando sirve? ¿Qué puede aprender de Ingrid Schultz y sus vecinos bolivianos?

4. ¿Comienza el cambio social desde "arriba" con los que parecen poderosos, o desde "abajo" con pequeñas iniciativas locales que parecen insignificantes? Explique.

5. El jubileo implica compartir y redistribuir los recursos. ¿Qué tienen para ofrecer los cristianos del Norte a los cristianos del Sur, y viceversa?

Notas

Capítulo 1

1. John Perkins, *A Quiet Revolution: The Christian Response to Human Need ... A Strategy for Today* (Waco, Texas, Word Books, 1976) p.62
2. Ibid.
3. Ibid., p. 157.
4. Ibid., p.194.
5. Ibid., p.157.
6. Ibid., pp. 128-129.
7. Samuel Escobar, prefacio del libro *Green Finger of God* por Maurice Sinclair (Exeter: The Paternoster Press, 1980) , p.3.

Capítulo 3

1. Martin Luther King Jr., "Beyond Vietnam" (conferencia dictada en la Iglesia de Riverside, Ciudad de Nueva York, el 4 de abril 1967), en *Beyond Vietnam and Casualties of the War in Vietnam* (Nueva York: Clergy and Laity Concerned, 1985), p.15.
2. Esta sección tiene una gran deuda al libro de Carlos H. Abesamis, *Where Are We Going: Heaven or New World?*, Serie de Foros de Teología 1 (Manila, Filipinas: Foundation Books, 1983) pp.1-60.
3. El resto de este capítulo está basado en *Genesis: A Commentary* por Gerhard von Rad, edición revisada, Biblioteca del Antiguo Testamento (Filadelfia: The Westminster Press, 1972) pp. 153-54; y en "The Kerygma of the Yahwist" por Hans Walter Wolff, *Interpretation* 20 (1966), pp. 145-46.
4. La traducción se basa, en parte, en la que aparece en, "The Kerygma of the Yawist," de Walter Wolff, pp. 137-38.

Capítulo 4

1. Otras referencias respecto a Israel como pueblo siervo escogido por Dios aparecen en Isaías 40-55. Vea 41:8 ss; 43:10-20; 44:1-2; 45:4; y 48:20. Otro pasaje importante que se relaciona a lo anterior en espíritu y teología es Isaías 61-62 (compare 42:1, 4, 7 con 61:1-2).

2. Reinhold Niebuhr, *Moral Man and Inmoral Society: A Study in Ethics and Politics,* con un prefacio nuevo por el autor (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1932; edición reimpresa, 1960), passim.

Capítulo 5

1. Chinua Achebe, *Things Fall Apart* (Nueva York: Fawcett Crest, 1959, 1969).
2. Ibid., p. 137.
3. Ibid., p. 135.
4. Ibid., p. 166.
5. Ibid., p. 162.
6. Lester R. Brown y Sandra Postel, "Thresholds of Change," en *State of the World 1987: A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society,* por Lester R. Brown, et.al. (Nueva York, Londres: W. W. Norton & Co., 1987) pp.3-5.

Capítulo 6

1. Hélder Câmara, "Un pacto digno de coronar vuestra marcha" mensaje al movimiento juvenil *Mani Tese* [Manos extendidas] que culminó una marcha realizada el 5 de noviembre, 1972, en la Plaza Miguel Angel, en Florencia, Italia; En *Proclamas a la Juventud de Hélder Câmara* editado por Benedicto Tapia de Renedo, primer volumen de tres, con introducción por el editor, Serie PEDAL 64 (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1976), p.189.
2. Más información acerca de este enfoque se encuentra en el capítulo 10 de mi libro: *And Who Is my Neighbor? Poverty, Privilege, and the Gospel of Christ* (Scottdale, Pa.: Herald Press, 1990).
3. La siguiente sección está basada en la obra de Katherine Roberts, "Uruguay: Nonviolent Resistance and the Pedagogy of Human Rights", en *Relentless Persistence: Nonviolent Action in Latin America,* editores Philip McManus y Gerald W. Schlabach (Filadelfia: New Society Publishers, 1991), capítulo 6.

Glosario

Ayuda mutua: Servicio dentro de una comunidad, usualmente con nuestra misma clase de gente.

Compasión: Sentir el gozo o sufrimiento de los demás como si fuera propio, y tomar acción al respecto. Algunas traducciones bíblicas usan la palabra *lástima* o *piedad*, cuando *compasión* es más apropiada; pero no deben confundirse estos términos. Lástima o piedad es sólo un sentimiento de conmiseración que no se identifica con el sufrimiento ajeno.

Comunidad abrahámica: Grupo social que tiene una identidad visible que cuida y sirve al prójimo, incluyendo a los que no son parte de su grupo; tales grupos son los que más trabajan para que impere la justicia y por lograr cambios constructivos en la sociedad.

Disipación: Ocurre cuando una comunidad o grupo social comienza a perder su identidad particular y se vuelve igual que el resto de la sociedad.

Exclusivismo: Ocurre cuando una comunidad o grupo social rehusa que otros entren a formar parte del grupo, o bien cuando es tan diferente del resto de los miembros de la sociedad que los demás no se sienten bienvenidos.

Hábito de samaritano: La inclinación de responder a la necesidad del prójimo.

Imperialismo: Ocurre cuando un grupo o nación recurre al poder político, cultural, militar o económico para imponer su voluntad sobre otros. Puede ser un tipo de paternalismo. Una forma de imperialismo cultural ocurre cuando imponemos nuestras soluciones y formas de resolver poblemas sobre otras personas, aun con las mejores intenciones.

Jubileo: Tiempo especial para redistribuir los recursos, como la tierra, y para dejar libres a los esclavos o pueblos oprimidos. Consulte Levítico 25 y Deuteronomio 15.

Paternalismo: Tratar como niños a los que se quiere ayudar; esto ocurre cuando hacemos algo por otros que ellos podrían hacer por sí mismos, o cuando damos lo que creemos que es mejor para otros, sin consultarles antes.

Solidaridad: Conciencia de la necesidad de compartir una situación común como seres humanos.

Triunfalismo: Ocurre cuando un grupo, nación o iglesia está tan seguro del triunfo de su causa, que actúa como si no tuviera nada que aprender de los demás. Esta es la forma más común de paternalismo entre la gente religiosa.

El autor

Gerald W. Schlabach trabajó, durante casi toda la década de 1980, como escritor y administrador de programas con el Comité Central Menonita (CCM), que es el brazo de ayuda y desarrollo de las iglesias menonitas de Norte América. La mayor parte de ese tiempo vivió en Centroamérica.

El, y su esposa Joetta Handrich, sirvieron por tres años como representantes del CCM en Nicaragua. Gerald desarrolló su "Peace Portfolio" [Portafolio de Paz] para CCM durante su estadía allí. Luego continuó este proyecto en Honduras. El promovió la educación teológica y el entrenamiento práctico sobre temas relacionados con la paz y la justicia con los líderes de las iglesias en Centroamérica. Ha escrito varios artículos respecto a los desafíos que presenta Centroamérica para las iglesias históricas de paz en Norteamérica.

Desde que regresó a Norte América, Gerald ha continuado escribiendo y ha reasumido sus estudios. Es autor de *And Who Is my Neighbor? Poverty, Privilege, and the Gospel of Christ* (Herald Press, 1990), y co-editor con Philip McManus de *Relentless Persistence: Nonviolent Action in Latin America* (New Society Publishers, 1991).

Tiene un título universitario en historia y periodismo conferido por Goshen College de Indiana, y un título en estudios teológicos de la Associated Mennonite Biblical Seminaries [Seminarios Bíblicos Menonitas Asociados] en Elkhart, Indiana. Ahora está terminando su doctorado en teología y ética en la Universidad de Nortre Dame.

Gerald y Joetta son miembros de la Iglesia Menonita de Kern Road. Tienen dos hijos, Gabriel y Jacob.

Impreso en Guatemala por:

MC

M 261.8 S338tS 1994
Schlabach, Gerald.
Un pueblo para todos los
pueblos MHL SOUTH WING

GOSHEN COLLEGE - MENNONITE HISTORICAL LIBRARY
3 9310 02032598 9

CLARA

SEMILLA

Hace largo tiempo se inició un drama cuando Dios llamó a Abraham y le prometió que lo convertiría a él y a sus descendientes en bendición para todas las naciones.

Ahora Dios nos invita a participar en ese drama convirtiéndonos voluntariamente en siervos. A veces no logramos dar cumplimiento a ese llamamiento, pero a través de Cristo, quien se hizo a sí mismo siervo, Dios nos capacita para extendernos a los que sufren, y a aprender de ellos.

Entretejiendo relatos y estudios bíblicos, *Un pueblo para todos los pueblos* demuestra cómo el ser cristiano y el servicio son inseparables. Podemos impartir la compasión de Dios debido a que percibimos cuánto Dios nos ama.

1994